

YO, EL MONSTRUO

JOHNNY GARLAND

Yo, el monstruo

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA – U. S. A.

Depósito legal B. 2942 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

PRÓLOGO

«Tengo que referir ahora la verdad. La horrible y espantosa verdad, antes de que sea ya demasiado tarde. Antes de que mi boca quede muda para el resto del mundo, aunque siga pronunciando palabras, en apariencia iguales a las que digo normalmente.

He de hacerlo, ahora que es el momento propicio, el único de que dispongo, tal vez el último de que dispondré en mi vida.

Y al referirme a mi vida, quiero significar la que terminará conmigo mismo, no la que para los demás seguiré teniendo.

Es desolador que en estos momentos, cuando puedo deciros la verdad a vosotros, abrir vuestros ojos al horror con el que estáis conviviendo sin saberlo, os halléis ausentes y no me sea posible revelároslo.

Por ello escribo esta carta. La ocultaré allí donde posteriormente no me sea posible alcanzarla y destruirla. O tal vez la envíe por correo, a vuestro propio nombre. Creo que será el medio más seguro de que la misiva llegue a vuestro poder.

Y, entonces, estará en vuestras manos mi muerte, mi liberación... que también lo será vuestra. Posiblemente de todo el género humano, si lo que me ocurre es todo lo espantoso, alucinante, que yo imagino en estos momentos...

No quiero perder más tiempo. Dispongo de muy poco en realidad, y deseo referiros cuanto ha sucedido en Palmdale Ranch desde aquel picnic que terminó de tan extraña forma, ¿recordáis?...

Stacy, que conducía el coche, quería que fuéramos después a Big Bear City, para ver aquella película que tanto le gustaba a él. Pero recuerdo que varios de nosotros nos opusimos, y...»

* * *

La mano se detuvo. La pluma rodó sobre el papel, sin terminar la frase.

Una contracción intensa crispó las facciones del hombre que escribía. Era joven, muy rubio, de ojos azules y recta nariz helénica. Cualquier mujer hubiera opinado que era un hombre de asombrosa belleza masculina, y hubiese dicho la verdad.

Pero en este momento, los ojos celestes, profundos y dulces a la

vez, se dilataban terriblemente, y la misma mano que poco antes escribía, se dirigió rápidamente a la nuca, donde hizo presión con desesperada energía.

—¡Dios... mío! —balbuceó —. Otra.., vez…

Se incorporó, derribando la silla en la que estaba sentado. Un rebelde mechón rubio le cayó sobre la frente, mientras daba unos pasos tambaleantes hacia el cercano aparato, sobre el que se veía un alto vaso de un líquido blanco, lechoso.

—Sí... no puede... ser — tartamudeó su voz, ronca y borrosa—. Es... demasiado pronto... para… para...

Su lividez era considerable, y extendió una mano trémula, estremecida, en dirección al vaso repleto de líquido. Cuando ya lo rozaba con las yemas de sus dedos, le sacudió un doloroso espasmo.

Golpeó el vaso sin asirlo, y éste rodó por el mueble, hasta estrellarse en tierra, a sus pies, derramando copiosamente su blanco contenido líquido.

—¡Noooo...!—fue un aullido terrible el que escapó de su boca contraída. Los labios bien dibujados y carnosos, se apretaron hasta formar una recta línea sin color, rezumando espuma. Cayó de rodillas, estirando las manos estremecidas hacia el charco blanco—. ¡No... no, Dios mío...!

Golpearon sus puños con impotencia sobre el linóleo encharcado. Después se dejó caer de bruces, arañando el suelo, volvió una lastimera, mirada a la mesa, donde el papel y la pluma aparecían aún, tal como él las había abandonado.

—Nunca... nunca sabrán... la verdad — musitó, empañándose sus ojos de humedad—. Es... es... horrible...

De nuevo parecieron acosarle los dolores en la nuca, y llevó su mano allí, clavándose las uñas con desesperación. Un segundo espasmo violento agitó su cuerpo epilépticamente, y después quedó inmóvil

* * *

Muy lentamente, se alzó la cabeza, varonilmente hermosa.

Las manos se apoyaron en el linóleo, firme ya su pulso. Poco a poco se fue incorporando. Su mirada azul vagó por la estancia con cierto aturdimiento, hasta fijarse en la esfera negra de plateadas cifras del reloj mural.

Las ocho. Las ocho de la noche, puesto que las vidrieras no dejaban pasar ya luz alguna. Apenas una hora, desde que cayera allí mismo inconsciente...

Primero hincó una rodilla en tierra. Después, se puso en pie.

Caminó unos pasos, vacilantes e inseguros. Cuando alcanzó la mesa, apoyó en ella una mano y se rehízo.

Su mirada cayó ahora sobre el papel a medio escribir. Pareció sorprenderse, frunció el ceño, como si intentara recordar cuándo había podido hacerlo. Al mismo tiempo, iba leyendo las palabras escritas.

Fueron brillando las pupilas celestes, con una luz extraña y fría. Se tensaron las facciones del hombre rubio, joven y atlético. Sus manos se alargaron, tomaron el pliego escrito y lo arrugaron bruscamente.

Se movió con seguridad hacia el hogar. Ardía allí un buen fuego. Sin Una sola vacilación, arrojó el papel a las llamas, y contempló cómo se iba consumiendo, retorciéndose en negras pavesas que luego se transformaban en ceniza gris, hasta su total destrucción.

Los labios del hombre esbozaron una fría sonrisa burlona al ver volatilizarse la última pavesa de papel. Regresó a la mesa, tomando la pluma, que guardó en el bolsillo interior de su americana.

Finalmente, se inclinó, dedicándose a recoger cuidadosamente los fragmentos de vidrio del vaso roto. Cuando hubo apilado todos ellos en la palma de su mano, miró con una expresión furiosa el líquido lechoso derramado. Se estremeció ligeramente, encaminándose a la puerta de la habitación.

Cuando regresó, momentos más tarde, se había deshecho de los cristales, y portaba con un vaso de leche, cuya mitad derramó por encima del otro liquido de similar color.

De no ser porque el anterior líquido era más espeso, hubiera podido pasar por el mismo. Pero ahora, al mezclarse, resultaban inidentificables uno y otro.

Sonrió el joven, con una singular expresión en su atractivo rostro. Se encaminó al aparato telefónico colgado del muro, y tomó el auricular, oprimiendo un botón de una numeración ajena al disco.

—¿Dígame? — inquirió una voz femenina, de acento sureño.

—Lena, haga el favor de venir al anexo — habló la voz grave, bien timbrada y amable, del rubio joven—. Estoy trabajando, y acabo de derramar un vaso de leche por el suelo. Por favor, venga a limpiar esto un poco, y perdóneme.

—Naturalmente, señor Kenton —respondió la mujer con dulzura muy servicial—. Voy ahora mismo, señor. Y si quiere que le lleve otro vaso de leche...

—No, Lena, gracias — sonrió el llamado Kenton—. Yo mismo puedo servírmelo aquí. Bastara con que me adecente esto un poco.

Colgó el receptor. La sonrisa se extendió en su rostro. Le hubiera concedido un atractivo aún mayor, de no asomar la crueldad en las

profundas comisuras de sus labios, y de haber sitio más suave, más humano, el brillo acerado y glacial de sus ojos.

Paseando por la estancia, cruzo frente a un espejo oval, colgado del muro. Se detuvo. Contempló su propia imagen en el cristal azogado, y se rozó las mejillas con las puntas de sus dedos.

—Aquel picnic...—habló en un susurro, sin que la sonrisa sarcástica se borrara de sus labios — ¿Quién puede dejar de recordar esas cosas, amigo mío? Después de todo, nadie tiene por qué saber lo demás... Tal vez, ni siquiera iban a creerte, Kenton... ¿No te das cuenta de ello?

Naturalmente, la imagen reflejada en el espejo no podía responder. Ni Kenton lo esperaba. Se encogió ligeramente de hombros, y continuó sus paseos por la estancia, en espera de la negra Lena.

Pero, en el fondo, también estaba pensando en aquel picnic dominguero. Algo, en el fondo de la mente del rubio joven, pugnaba por evocar escenas ya pasadas, que se iniciaron precisamente al regreso hacia Palmdale Ranch, desde Lucerne Valley y sus bellos parajes, tras un día festivo, particularmente divertido y feliz...



CAPÍTULO PRIMERO

FIN DE UN «PICNIC»



TACY ABBOTT abrió la portezuela de su coche con aire contrariado.

—Bueno, a mí me hubiera gustado terminar el domingo en Big Bear City, Larry. Pero allá vosotros, si no deseáis que os lleve... Connie está deseando ver esa película, igual que yo. De modo que posiblemente lleguemos aún a tiempo de asistir a la última proyección,

—Llegaréis— sonrió Larry, consultando su reloj de pulsera—. Son solamente las ocho. Dentro de una hora comienzan el último programa.

—Gracias por la información — gruñó Stacy —. ¿De modo que no te decides tú tampoco?

—No, no me decido. Creo igual que Bill, que es mejor retirarse ya a descansar. Mañana tenemos que levantarnos muy temprano para continuar el trabajo, Stacy.

—¡Demonio, también yo trabajo!—replicó Abbott, sentándose ante el volante de su pequeño «Buick» —. Nadie me regala el dinero. Y el Tío Sam, menos que ningún otro.

—Completamente de acuerdo, Stacy. Buenas noches, y hasta el próximo domingo. Espero que no tengamos ninguna novedad importante que registrar.

—¿Novedad? — Abbott olfateó el aire —. Mi querido amigo, hay

algo más sensible que los propios instrumentos meteorológicos que manejamos: mi olfato. Éste me dice cuándo va a haber novedad. Y que me aspen si no existe ya una muy cerca.

—¿Cuál?

—La lluvia.

—¿De veras lo crees? — Larry, ceñudo, examinó el cielo. Sus ojos intensamente azules miraron hacia las alturas, bajo el doble arco de sus rubias cejas—. El calor ha sido intenso estos días. Tal vez sea cierto que llueve, pero los demás centros meteorológicos no han...

—¿Y te fías de los meteorólogos? — rio agudamente Stacy—. Recuerda que nosotros lo somos, hijito.

Y no hay ni uno de nosotros que acierte una vez entre ciento, a no ser que tenga delante de sus mismas narices lo que va a ocurrir al otro día.

Larry se echó a reír alegremente, meneando la cabeza. Miró hacia atrás, adonde estaba sentada Connie Abbott, la dulce y bella esposa de su amigo,

—Tienes un marido incorregible, Connie —dijo Larry.

—Y que lo digas, Larry. Alguna vez, el Servicio Meteorológico se dará cuenta de que dentro de su propio personal tiene al espíritu negro que hace fracasar sus vaticinios.

Rieron todos. Stacy puso en marcha el vehículo e hizo un saludo cordial con la mano.

—Despídeme de Billy de Jane. Cuando uno se ausenta, es indudable que el otro le sigue al momento.

—Sí — asintió Larry, inclinando la cabeza.

—A este paso, veo cualquier día una boda en Palmdale Farm— comentó burlonamente Stacy—. Ya veo los comentarios del «Clarión» de Big Bear: «Meteorólogo del Desierto Mojave contrae matrimonio con bellísima ayudante y colaboradora, Jane Owens. El notable Larry Kenton, padrino de la boda.»

Soltó una risotada, que Larry no coreó. Inclinándose vivamente hacia su marido, Connie Abbott le acució:

—Vamos, Stacy, o llegaremos tarde a la película. Adiós, Larry.

—Buenas noches, Connie —agitó una mano, mientras el «Buick» se alejaba.

—¡Qué torpe eres, Stacy! — fue lo primero que le espetó ella a su marido, en cuanto se hubieron apartado de las cercas de Palmdale Farm y sus instrumentos meteorológicos, erguidos en sus metálicas torretas en torno al edificio central—. Nunca sabrás callar a tiempo tus bromas...

—¿Eh? — se volvió Abbott, y ello estuvo a punto de hacerlos

meter en una zanja arenosa. Enmendó a tiempo la dirección y masculló, ceñudo—. ¿Qué diablos he dicho yo de malo?

—Nada —suspiró ella—. Creo que eres el más torpe para entender nada...

Y se retrepó en el asiento, sin añadir una palabra más.

Entretanto, Larry Kenton seguía erguido a la puerta de la granja, viendo alejarse el «Buick» en la distancia, sobre la franja de arena que delimitaba la zona del desierto. Su mirada intensamente azul se mantenía abstraída, lejana, en tanto que su amplia frente juvenil se cubría de profundos surcos.

Se pasó unos dedos nerviosos por el cabello rubio, rebelde, respiró hondo y dio media vuelta, regresando con lentitud a la finca. Al pasar junto a unas columnas barométricas situadas en hilera al pie de una torreta de observación climatológica, estudió la leve oscilación de sus agujas, y sonrió.

Stacy tenía buen olfato, siempre lo había tenido. Las agujas señalaban tiempo caluroso. Pero se inclinaban notablemente hacia el húmedo. Alzó la cabeza arrogante, rubia y llena de vitalidad, tensándose las fibras de su ancho cuello atlético. Escrutó el cielo oscuro de la noche recién caída sobre California.

Aún no había nubes. Pero eso no quería decir que dentro de unas horas no apareciesen en el horizonte formando un verdadero palio espeso. Él era menos intuitivo que Stacy, pero mucho más cerebral. No dudaba de la proximidad de las lluvias.

Ya en el porche, se cruzó con un hombre menudo y enjuto, de cabellos rojos, rizados. Estaba haciendo anotaciones de un aparato medidor de la presión, situado junto al muro delantero del edificio, y le saludó cordialmente.

—Buenas noches, señor Kenton— le dijo—. La señorita Owens está en su gabinete trabajando. Me ha dicho que quería hablar con usted en cuanto llegara.

—¿Y Bill? — preguntó rápidamente Larry.

—Ha subido a la azotea, señor Kenton — sonrió el pelirrojo—. Tiene que notificar al Centro la dirección y velocidad de los vientos, ¿ya no lo recuerda?

—Oh, es cierto, Stephen — dijo Larry, tocándose la frente con una palmad —. Dichosa cabeza la mía... Bien, veamos lo que quiere la señorita Jane Owens.

Entró en el edificio, una residencia colonial de dos plantas, alargada y con un anexo inmediato, formando un pabellón de trabajo, rematado por una torreta de enigmática utilidad para quien desconociese los complejos sistemas de observación y predicción

climatológicas.

Se encaminó al gabinete donde redactaban y transmitían diariamente el boletín meteorológico a San Bernardino, Santa Ana y Pasadena, que eran los puntos importantes que dependían de sus observaciones, las de Stacy Abbott y las de un tercer meteorólogo destacado al desierto de Mojave por el Servicio Nacional correspondiente, pero cuyo centro de observación se hallaba ya muy adentro en el desierto, cerca de Daggett.

Cuando abrió la puerta, tras unos leves golpes, Jane Owens apareció ante él. Acababa de regresar del «picnic, junto con Bill, los Abbott y él mismo. Sin embargo, Jane tenía la sorprendente facultad de poderse cambiar de vestido en menos de dos minutos.

Ya no mostraba ninguna de las prendas empleadas en la excursión. Ni la blusa ceñida al busto, ni la falda amplia, ideal para andar cómodamente por la campiña y también para mostrar la bella línea de sus piernas, enfundadas en nylon. Ahora, el pantalón de dril azul de cada día, se ceñía a sus extremidades, remarcando la ondulación de sus caderas y una camisa a cuadros, burda y vulgar, no bastaba a disimular los sugestivos encantos de su figura, capaces de destacarse pletóricos con cualquier indumentaria.

Larry la contempló un segundo.

—Hola, Larry—le saludó ella, alzando los ojos oscuros, inteligentes, de sus cuartillas escritas. La mirada de la joven brillaba sagazmente tras los cristales, no demasiado gruesos, de sus gafas. Y, cosa extraña, esa prenda le daba mayor encanto al rostro sensible, oval y delicado. Los cabellos oscuros iban sencillamente peinados —. Perdona si te he molestado, pero tengo aquí los informes del día, y sin duda Stephen ha debido equivocarse en algo, aunque él sostenga que recogió los datos correctamente.

—¿Y bien? ¿No ha ido ya Bill a transmitir el boletín de hoy?

—Sólo el del viento, Larry. Los datos sobre temperatura, presión, etc., irán después. Cuando hayamos aclarado esto.

—Bien. ¿De qué se trata? No puede haber notables diferencias, como para eso...

—Pues las hay, Larry. Las hay, y quiero saber por qué. Hoy no ha sido un día demasiado caluroso. La temperatura ha sido normal, propensa a la humedad, pero nada más.

—Por Dios, Jane, ¿no puedes dejar de hablar alguna vez como funcionaría de Meteorología?—se irritó Larry.

—Estamos hablando de Meteorología, Larry—rectificó ella suave, pero fríamente—. La temperatura media de hoy habrá sido de unos dieciséis a dieciocho grados centígrados, ¿no es cierto?

—Poco más o menos... así habrá sido — asintió Kenton—. ¿Cuánto indica ahí, Stephen? ¿Cuarenta?

Jane le miró con cierto enfado en los ojos. Se quitó las gafas y apuntó nerviosamente con ellas al resumen de datos.

—Bromea cuanto gustes, Larry, pero esto es muy raro. Stephen no ha anotado aquí cuarenta grados como dices tú muy jovialmente, sino ciento cuarenta.

—¿Eh? — Larry dio un brinco fantástico, y se echó adelante—. ¿Grados centígrados o Fahrenheit?

—De cualquier modo, sería una solemne barbaridad. Pero son centígrados. Y Stephen insiste en que hizo correctamente la anotación y se sorprendió tanto como nosotros.

—¡No puede ser! —Kenton tomó el papel, lo estudió en silencio. Vio que los diecisiete grados de las doce del mediodía se transformaban súbitamente a las doce cuarenta, en ciento cuarenta grados. Para volver a bajar a sesenta, cincuenta, treinta y, finalmente, recuperar su normal graduación —. ¡Absurdo por completo, Jane!

—De acuerdo. Absurdo! Pero eso no es una explicación.

—¡Claro que no! Estará... estará estropeado el aparato termométrico...

—No está estropeado. Funciona normalmente, Larry. Stephen lo comprobó, le sometió a varias pruebas. A todas respondió normalmente.

El frío cerebralismo de Larry Kenton se impuso a las circunstancias. Aquello parecía positivo, evidente. Y discutiéndolo, no se resolvía nada. Volvió a examinar el informe. Vaciló un momento, todavía perplejo.

—No podemos telefonear a San Bernardino o a Santa Ana diciéndoles que la temperatura máxima registrada en el Mojave ha sido de ciento cuarenta grados centígrados, o nos encerrarían a todos por locos. Veamos, ¿en qué paraje, exactamente, ha sido registrada esa grotesca temperatura? ¿Qué termómetro la registró?

—El termómetro electrónico de la cañada, Larry.

—¿La cañada? ¿Justamente detrás de este edificio?— se sorprendió Kenton.

—Justamente detrás de esta casa, sí. El control automático registró la mayor elevación de temperatura a las doce, cuarenta y dos minutos y diez segundos. Decreció a las trece y cinco. Un corto periodo estival, ¿verdad?

—¡Y qué estío! La cañada se habrá abrasado...

—No lo sabemos, Larry. Stephen se ha traído de allí los controles de graduación cuando ya era de noche, y no advirtió nada anormal en

apariencia. Ha sido al llegar aquí cuando ha descubierto la anomalía.

—Bien...— Larry no vaciló— Entonces ¿cómo comprobó Stephen su marcha, si entonces no sabía que hubiese esta anomalía?

—Lo comprueba siempre, antes de consultar las temperaturas del día, Larry. Deberías saberlo...

La muchacha lo miró con gesto inquisitivo:

—Ya. También debería saber por qué un graduador electrónico de la temperatura sube a las nubes de pronto, y en cambio no me avergüenza confesar que no tengo la menor idea de ese misterio. ¡Pero voy a tenerla en el acto!

—¿Adónde vas? — demandó Jane, volviéndose a asentar las gafas sobre su breve nariz.

—¡A la cañada! —gruñó por encima del hombro Larry Kenton, saliendo de la estancia con un sonoro portazo.

—¡Eh, espera!—gritó ella—. ¡Que yo voy también, Larry!

Salió. En el exterior, muy azorado, les esperaba el pelirrojo Stephen Harrick, que entregaba unos utensilios a Lena, la criada negra, encargándole de su limpieza. Se volvió vivamente a Larry, que avanzaba hacia la puerta, y comenzó a hablar plañideramente:

—Le aseguro, señor Kenton, que yo no podía imaginar... De ser así, hubiera comprobado el funcionamiento del aparato con más exactitud que de ordinario. Pero estoy seguro de que funcionaba normalmente. No «puede» haber averías.

—¿No? ¿Y cómo demonios se explica usted eso? ¿Cree que vivirnos en el planeta Mercurio?

—No lo comprendo, señor Kenton, pero algo ha ocurrido en la cañada..., algo que ha provocado ese calor...

—¡Infiernos! ¡Lo que me faltaba por oír! —tomó Larry Kenton una potente lámpara eléctrica de encima de un mueble, y siguió hacia el exterior. Habló a Jane —: ¿Vienes tú?

—Sí, Larry—-dijo ella brevemente, echando a correr en pos de él.

Salieron del rancho, lanzándose apresuradamente por el amplio claro situado frente a la casa, donde aparecía aparcado el coche modelo «ranger» de los meteorólogos de Palmdale Ranch. Subieron ambos al vehículo, y emprendieron la marcha sin perder tiempo.

Stephen Harrick les vio perderse en la oscuridad, con el ceño fruncido, y percibió el estridente chirrido de las gomas al girar violentamente sobre la arenisca, en torno a la casa, para dirigirse hacia la inmediata cañada, en la que existía la más completa instalación climatológica de Mojave.

Una puerta se abrió detrás de Stephen y una figura apareció en ella. Una figura que hubiera asombrado a cualquiera que no conociese

a los ocupantes de Palmdale Ranch.

Silenciosamente, el recién llegado avanzó hasta Harrick, que seguía mirando hacia la campiña arenosa, sin advertir su presencia, él otro extendió una mano...

Stephen dio un respingo al sentir el contacto en su hombro. Se volvió en redondo, descubriendo al hombre que parecía ser el mismo que acababa de salir hacia la cañada. Alto, atlético, rubio el cabello, azules los ojos y la misma fisonomía enérgica y juvenil, aunque tal vez más grave de expresión y de más reposado ademán.

—¡Caramba, señor Kenton, me ha asustado usted! — declaró, vivamente afectado.

—¿Que te he asustado, Stephen? —el llamado Kenton, con cierta sorpresa, estudió al pelirrojo ayudante —. ¿Por qué razón?

—Oh, perdone, pero estoy algo inquieto desde... desde lo de la cañada.

—¿La cañada, dices? No logro entenderte absolutamente nada de nada, Stephen.

—La señorita Owens y su hermano ya lo saben. Acaban de salir hacia la cañada para investigar lo ocurrido con los termómetros automáticos. Han registrado una temperatura de ciento cuarenta grados al mediodía de hoy, siendo la temperatura de aquí completamente normal, y sin que advirtiésemos nada Lena ni yo.

—¿De veras? — frunció el ceño, pensativo —. Es algo muy raro que no ha ocurrido nunca. Si en la cañada aumenta la temperatura, ha de aumentar forzosamente aquí... Creo que también yo me voy a acercar a ver lo que ocurre allí...

—Pero su hermano se llevó ya el coche, señor Kenton.

—Bien está. Yo iré por mis propios medios.

Se alejó hacia el anexo. Poco después cruzaba a caballo, galopando a través del claro, tras las huellas dejadas por las ruedas del coche de su hermano Larry.

—¿También el señorito Bill va hacia la cañada?—preguntó junto a Stephen una voz grave.

Se volvió el ayudante, encontrándose con Lena, que miraba hacia la distancia, muy abiertos sus redondos ojos.

—Sí, Lena. También Bill Kenton está intrigado. Y, tal vez, preocupado.

En torno a Palmdale Ranch todo era silencio y sosiego, como todas las noches en el desierto Mojave. Nada parecía capaz de alterar aquella calma de los páramos californianos.

Y, sin embargo...

CAPÍTULO II

EN LA CAÑADA

LARRY KENTON saltó del automóvil cuando ya no pudo introducirlo más profundamente en la cañada que, entre farallones arcillosos, discurría a espaldas del rancho habilitado por el Servicio Meteorológico del Pacífico, a menos de media milla de distancia en línea recta, si bien el farallón hacía que esa distancia hubiera de convertirse en casi el doble para viandantes o vehículos, ya que era preciso rodear el muro natural que formaba la cañada por aquel punto.

Vegetación y cactus verticales se extendían a la entrada de la misma. La noche, oscura aunque estrellada, apenas si prestaba al

paraje una débil claridad, que recortaba las formas inquietantes de los matorrales en derredor.

—Cuidado con el terreno, Jane—le advirtió Larry gravemente—. Abundan las zanjas por aquí.

—¿Crees que no conozco el sitio donde vivo las veinticuatro horas del día? — respondió irónicamente Jane.

—Lo que en el día tiene una forma y una configuración, cambia extrañamente en la noche. No estés demasiado segura de tus conocimientos topográficos. Cógete a mi mano y sígueme.

Ella obedeció, tras una vacilación. Larry se estremeció al sentir el contacto de la mano femenina en la suya. La oprimió con fuerza, y presionó el botón de la lámpara eléctrica que portaba en la otra mano. Un haz de luz barrió el suelo.

Un lagarto parduzco huyó, presuroso, ocultándose entre las rocas. Una alimaña reptó cerca de ellos, en brusca huida, y algo más lejos chilló uno de los indefinibles animales noctámbulos del desierto. La mano femenina apretó con más fuerza, y Larry sonrió.

—Pronto te impresionas—dijo entre dientes, avanzando con calma.

Al fondo, frente a ellos y recortándose contra el azul tachonado de débiles puntitos luminosos, aparecían dos torres metálicas no muy altas. Cada una de ellas marcaba el emplazamiento de los instrumentos meteorológicos. Una complicada y curiosa veleta dotada de remates alambrados en espiral giraba a impulsos del aire frio de la noche, en la cúspide de una de ellas.

—Todo parece normal — observó Jane, mirando en derredor.

—Y ahí radica precisamente su anormalidad— completó bruscamente Larry Kenton—. Un sitio no padece ciento cuarenta grados sin que se convierta en un horno insostenible, que abrase cuanto tiene en derredor.

—La hierba parece completamente normal, y...

La voz de ella se quebró de repente. El foco de luz cayó sobre un cuadro de graduadores. Presión, humedad, atmósfera, temperatura, etc. Todo al pie de la primera de las torres. Se podía apreciar, aun a aquella distancia, que las agujas señalaban temperaturas y graduaciones completamente normales, dada la hora y el clima.

Pero la mirada de Larry, igual que la de ella, se había dirigido en dirección a un punto situado a cosa de cincuenta yardas del emplazamiento del instrumental climatológico.

Larry lanzó una exclamación de sorpresa al descubrir lo mismo que veía Jane Owens.

Una amplia extensión herbosa aparecía ahora y virtualmente pelada, con briznas de hierba chamuscadas en los extremos de un

claro limpiamente circular, arrasado hasta unos límites perfectos, redondeados como si se hubieran trazado a compás.

El círculo de terreno estéril, abrasado, sin un solo cactus, una cholla o un mezquite, podría medir cinco metros de diámetro, y era curioso observar que allí donde la causa del fuego, cualquiera que fuese, no había alcanzado la hierba circundante, ésta y algunos matorrales aparecían doblados, como si un ciclón los hubiese vencido.

—¡Vamos, Jane!—apremió Larry bruscamente, echando a correr hacia allá.

Ella le siguió. Sus pantalones a usanza vaquera le prestaba una agilidad envidiable a su esbelto cuerpo. Cuando llegaron al claro, Larry se detuvo, perplejo, y se inclinó sobre la tierra, estudiando algo en ella. Su ayudante femenino preguntó, alterada:

—¿Qué, Larry? ¿Qué ha podido provocar esto?

—No lo sé. No hay incendio que deje un rastro tan bien dibujado —observó Larry, incorporándose con aire perplejo—. Y, mucho menos, que «remueva» la tierra como un huracán o un poderoso tractor.

—¿Entonces...?

Larry dirigió la mirada hacia las hierbas, siguiendo la dirección de sus quiebros o inclinación. Llegó hasta los aparatos medidores del clima. Enarcó las cejas, meneando la cabeza con perplejidad, y después dijo:

—No lo entiendo, Jane. Palabra que no...

—¿Qué es lo que no entiendes, hermano?

Al empezar la voz a hablar, Jane lanzó un grito de sobresalto, y se aferró con fuerza al brazo de Larry. Éste giró sobre sus talones, enfocando con la linterna al recién aparecido. La luz, pareció iluminar a la propia imagen de Larry, tal era el parecido entre éste y el que llegaba ahora.

—¡Cielos, Bill, buen susto nos has dado!—dijo Larry, respirando con fuerza.

—Vaya, está visto que hoy tengo que asustar a todo el mundo—rio huecamente el otro Kenton—. Primero fue Harrick. Y ahora vosotros... ¿Es que hay fantasmas?

—Fantasmas que dejan rastros de fuego circular—observó gravemente Larry —. ¿Has visto alguna vez algo parecido, Bill?

Bill Kenton, en vez de responder, se acercó y estudió el suelo. Ni un detalle pareció escapar a su grave mirada. Luego levantó los ojos hasta su hermano.

—¿Tiene esto alguna relación con el aumento de temperatura que me ha citado Harrick?

—Es posible que sí, Bill. Pero no comprendo cuál A eso me refería.

Un incendio eleva la temperatura ambiente. Pero no a ciento cuarenta grados, sobre todo si el radio de acción de las llamas dista casi cincuenta yardas del instrumento graduador.

—Elemental — observó con cierta cáustica ironía Bill. Ahora estudió brevemente a Jane, y ella bajó los ojos con rapidez»—. ¿Cuál es tu juicio sobre esto, hermano?

—Ninguno, ya te lo he dicho. Trato de explicarme el fenómeno, y no me es posible. No hay nada que pueda provocar esta señal, o todo ardería en torno, sin guardar una simetría tan asombrosa.

—Ni removería la tierra — observó agudamente Bill, demostrando haberse fijado en ello. Sin añadir más, siguió hasta los instrumentos y se dedicó a contemplarlos lentamente. Tras una pausa, durante la cual Jane y Larry se dedicaron a contemplar el suelo sin pronunciar palabra, súbitamente sonó de nuevo la voz de Bill, igual a la de su hermano, como lo era en lo físico—. ¡Eh, vosotros, venid aquí! ¿Habéis visto esto?

Jane y Larry corrieron a reunirse con él. Encontraron a Bill Kenton inclinado sobre la brújula gigante instalada en el centro del instrumental. Larry miró la esfera, luego estudió a su hermano, sin comprender del todo.

—¿Y bien, Bill? ¿Qué es lo que quieres enseñarnos? — preguntó.

—Eso — la mano de Bill Kenton señaló la brújula—. ¿Es que no lo has advertido aún?

Larry volvió a mirar hacia la aguja imantada. Lanzó una interjección.

—¡Cielos, no señala hacia el norte! —masculló—. ¡Está desviada al oeste!

—Exacto, mi querido Larry — asintió suavemente Bill—. Creí que no lo advertirías. Extraña brújula la que desvía su aguja magnética al oeste, como si el norte estuviera allí..., después de años enteros de buen servicio.

Larry, ceñudo, rebuscó en su pantalón, extrayendo un pequeño llavero de bolsillo. El colgante del mismo era una pequeña brújula, muy útil para quien, como él, se aventuraba a veces por el desierto, sin otro elemento de orientación.

—¡Bill, mira esto!—dijo roncamente, tendiendo el objeto con mano temblorosa —, «¡También señala al oeste!» »

Bill Kenton asintió en silencio. Su mirada se clavó en el claro circular de terreno abrasado y estéril.

—Y ese rastro de fuego o de lo que sea — observó con caima — «está al oeste».

Hubo un silencio. Se miraron los tres entre sí, aturdidos.

—Un rastro magnético, capaz de desviar la aguja imantada — musitó Bill Kenton, avanzando lentamente hacia el círculo—. Dame esa brújula tuya, Larry...

Se la tendió su hermano. El hombre que era idéntico a él, avanzó hasta el centro mismo de la zona arrasada. La aguja comenzó a girar sin orden, alocadamente. Pero al final terminó por detenerse..., señalando al oeste.

Bill siguió andando. Detrás suyo, dominados por el desconcierto y la intriga, iban Larry y Jane. Abandonado el terreno quemado, la aguja imantada volvió a girar atropelladamente. Y cuando todos esperaban que frenase señalando al norte... volvió a hacerlo hacia oeste. Tozuda y tercamente, la brújula seguía rechazando toda lógica.

—¡La linterna, vivo!—acució roncamente Bill, arrebatándosela bruscamente a Larry.

La alzó, asestándola sobre la parte de la cañada adonde señalaba la aguja de metal.

En aquel punto la vegetación formaba un auténtico boscaje alto y espeso, y el terreno se iba accidentando, formaba hondonadas y grietas naturales, cuajadas de artemisas y chumberas:

La brújula ahora no oscilaba siquiera. Su modo de señalar al oeste era rotundo, inamovible. Jane observó que los rostros de los dos hermanos idénticamente iguales en su físico, mostraban también un similar tono pálido. Jane Owens llevaba ya más de tres años al servicio de los jóvenes meteorólogos gemelos. Le había costado mucho diferenciar a Bill de Larry o viceversa. Si ahora lo lograba, era porque, para evitar confusiones, ambos vestían de modo diferente. Bill gustaba de usar americanas deportivas. Tras una larga charla con ambos, también se advertía que Larry era más jovial, menos serio que Bill. Y también menos huraño en el trato, especialmente con las mujeres.

Pero en momentos como el presente, Jane hubiera sido incapaz de diferenciarles, a no ser por la americana «sport» de Bill Kenton, de un vivo dibujo marrón y blanco.

Bill se aventuró por los matorrales, derramando luz ante él. Larry advirtió:

—Cuidado, hermano. ¿Vas a meterte ahí?

—Sí, Larry. Si preferís esperarme fuera...

—Será mejor que Jane lo haga así — observó Larry—. No sabemos lo que puede haber...

—Quítate esa idea de la cabeza—dijo vivamente ella, estremeciéndose —. No me quedaría sola en este lugar por todo el oro del mundo. Y mucho menos esta noche, con las cosas extrañas

que están ocurriendo.

—¿Extrañas dices? — Larry se echó a reír —. Todo tendrá su explicación, Jane.

—Sí, ¿pero qué clase de explicación será ésa?

Larry no supo qué responder. Se encogió de hombros y siguió a su hermano, aventurándose por el terreno áspero y casi impracticable. Jane, sin perder un segundo, se unió a él.

Avanzaron, pisoteando los arbustos, que muchas veces no se doblegaban bajo sus pies y, por el contrario, azotaban sus piernas, arañándoselas a través de la tela de sus pantalones.

Jane estuvo a punto de hundir un pie en una zanja, y sólo la providencial intervención de Larry lo evitó a tiempo. Siguieron adelante, ahora cogidos de la mano.

Bruscamente, se detuvieron. Bill lo había hecho ya, unos pasos delante de ellos.

Y los tres, a la vez, advirtieron, con un escalofrío de temor, la señal circular, abrasada, de un punto donde la tierra aparecía removida violentamente, extinguido todo rastro de vida vegetal, y en el que los límites de la perfecta circunferencia trazada por el elemento destructor, cualquiera que fuese, mostraban aquellas huellas de quemaduras y la inclinación violenta de los arbustos hacia un mismo lado.

Se miraron entre sí, sin hablar. La aguja seguía apuntando, en la esfera orientadora, el mismo rumbo oeste. Vibraba ligeramente, como luchando entre dos fuerzas Igualmente magnéticas.

Cuando pisaron el nuevo claro, repitió sus giros de antes, y se desvió bruscamente, hasta señalar el sudoeste. Esta vez, con una rapidez y firmeza sorprendentes. La aguja no se movió ya de aquella posición. Larry desvió con viveza los ojos hacia allí. También Bill y Jane.

El suelo mostró, bajo el haz de luz blanca, un rastro sorprendente. Franja de hierba totalmente abrasada, un perfecto camino de aniquilamiento vegetal, con la tierra removida violentamente por «algo» que había avanzado por allí en dirección sudoeste.

—Dios mío, Larry, tengo miedo — susurró, estremecida, la joven auxiliar.

—No se lo digas a nadie, pero creo que yo también siento algo parecido — musitó Kenton, presionando con fuerza su mano—. No me gusta nada todo esto...

Bill, sin hacer el menor comentario, habíase movido hasta llegar al término del reguero destructor. Allí, una verdadera muralla de ramajes altísimos, grandes cactus y tupida vegetación formaban un sólido

obstáculo a cualquier intento de los tres exploradores.

—Bueno, parece que aquí termina — observó Larry jovialmente—. Menos mal...

Bill le miró con expresión intensa. La luz de la linterna recorría en todas direcciones la masa verde oscura. Poco más allá, un farallón de arcilla formaba el límite de la cañada.

—¿Tú crees sinceramente eso, Larry? — le preguntó hoscamente —. ¿Puede terminar ahí, frente a ese muro de arbustos, algo tan extraño y desconcertante?

—Posiblemente algún insensato derramó gasolina u otra materia inflamable sobre el terreno, y luego lo incendió. Ahí terminaría el fuego.

—Eso no es posible, Larry, y tú lo sabes. En primer lugar, no hay quien dibuje un reguero tan simétrico. Muchísimo menos, los dos círculos anteriores. Por otro lado, tampoco hubiera acabado ahí ese fuego. Los ramajes están secos, son fácil presa de cualquier llama... En tercer lugar, tenemos la temperatura inexplicable de los termómetros. Y en último lugar, está, «esto» — señaló la aguja imantada, dirigida al sudoeste aún—. ¿Quieres que te diga mi sincera y clara opinión, Larry?

—Si te place así...

—Lo que sea, está «ahí detrás»—apuntó sin dramatismos a la muralla verde—. Si ya no está, es que se ha marchado de la cañada. Pero creo que está aún...

—¡Dios mío!—musitó Jane, desfallecida.

—¿Qué te hace suponer eso, Bill? — preguntó Larry, impresionado.

—Nada. Es una corazonada. Y voy a comprobarla.

—¡Espera! Iremos los dos, Bill...

—No. No podríamos dejar a Jane aquí. Y menos llevarla con nosotros. Yo iré, Larry.

No añadió más. Empezó a escalar unas rocas y después saltó detrás de un montón de ramajes. Desapareció de la vista de Larry y Jane. Aún vieron un momento centellear la linterna tras la cortina de arbustos. Después, nada. El silencio y la oscuridad reinaron en la cañada. Jane, estremecida, se pegó a Larry, que la estrechó contra sí, sin apartar sus ojos del mudo verde que les separaba de lo desconocido, posiblemente de un simple temor sin fundamento...

Pero fuera lo que fuese resultaba agradable tener una coyuntura para poder enlazar el breve talle de Jane y sentir la tibieza de su piel contra la suya.

Transcurrieron segundos... minutos...

Les sobresaltó el rumor de hojarasca. Miraron con auténtica inquietud hacia los matorrales... y, súbitamente, apareció de nuevo la luz de la lámpara eléctrica. Su portador avanzó hacia ellos, tambaleándose e inseguro. La claridad reveló el rostro lívido, desencajado, de Bill Kenton. Le temblaba el labio inferior ligeramente, y un brillo inusitado animaba sus ojos azules.

—¡Bill! —susurró Larry, dando un paso adelante—. ¿Qué te ocurre?

—Nada... A mí nada, Larry — fue la ronca respuesta—. Vamos, hay que avisar a alguien inmediatamente. A la policía, a quien sea...

—Pero... pero ¿qué es lo que has encontrado? — demandó histéricamente Jane Owens—. ¿Han asesinado a alguien tal vez?

Bill, con gesto trémulo, tartamudeó:

—Ni siquiera sé lo que han podido hacer. Pero ahí dentro... — una mano trémula apuntó a la muralla verde—, ahí dentro hay un objeto circular, un vehículo... tal vez una nave...

—¿Una nave? ¿Estás loco, Bill?

—No, Larry. No estoy loco. Es un enorme plato, un disco de material transparente, como el cristal... Pero duro, irrompible y sin aberturas. Sin embargo, lo más terrible de todo eso, no es el disco en sí, sino lo que contiene dentro.

—¡Bill, por Dios! Si estás hablando seriamente, di lo que has visto. ¿Qué hay en el interior de ese objeto?

—Un ser viviente, Larry —dijo, con voz saturada de horror, el joven meteorólogo—. «Un ser viviente que no es humano... ni procede de la Tierra, en modo alguno...»

En aquel mismo instante, cuando Larry experimentó un escalofrío que le recorrió de pies a cabeza, y los cabellos de su nuca se pusieren erectos, Jane lanzó un prolongado, terrible grito.

Su mano se alzó, temblorosa, señalando a la espalda de los dos gemelos Kenton.

—¡Ahí! — chilló —. ¡Mirad...!

Larry y Bill se volvieron en redondo, siguiendo la dirección de los desorbitados ojos de la muchacha.

El misino terror que ella experimentaba, hizo presa de ambos hombres, cuando se enfrentaron con el motivo de aquella angustia.

CAPÍTULO III

¿QUÉ? ¿QUIÉN? ¿DÓNDE?

DETRÁS de la cortina de ramajes brotaba una luminiscencia azul, lívida y fantasmal. Los tres rostros, bañados por aquella claridad irreal, parecieron grotescas máscaras flotando en la noche.

La vegetación pareció poblarse de luz, se hizo incandescente de pronto, como si cada tallo, cada hoja y cada brizna, tuvieran luz propia. Todo ello centelleó del mismo tono fosforescente... y un calor terrible, agobiante, comenzó a substituir el frío nocturno del desierto, que hacía rato que se dejaba sentir.

—¡Atrás! — aulló con violencia Bill—. ¡Atrás todos! ¡Ese calor... esa luz...!

Jane, demasiado aterrorizada, no logró retroceder con prontitud. Tropezó en una raíz y cayó de rodillas. Unos brazos enérgicos la aferraron por las axilas, tiraron de ella, llevándola en volandas.

Así retrocedieron los tres meteorólogos, mientras la incandescencia azul creía y crecía, y con ella la temperatura subía los grados por decenas.

Larry tuvo la serenidad precisa para mirar la brújula, mientras Bill arrastraba a viva fuerza a Jane Owens. El campo magnético era ahora tan poderoso y amplio, que la aguja giraba vertiginosamente, con la velocidad de las aspas de un ventilador.

Súbitamente, la luz se extinguió, tan bruscamente como empezara. Fue apagándose, hasta parecer lluvia, fino polvillo luminoso, que cayera sobre la cañada. Por último, se hizo la oscuridad total, mucho más intensa ahora, después de la deslumbradora claridad candente.

El calor azul murió también en ese instante. Un soplo de aire frío acarició los rostros sudorosos, casi ardientes, de los hermanos Kenton y su joven ayudante.

—¡Dios mío, menos mal!—Larry suspiró a pleno-pulmón—. Si dura un poco más...

Bill no le escuchaba. Se había vuelto hacia la muralla de verde. Gritó con voz ronca:

—¡Mirad! ¡Mirad allí ahora!

Jane y Larry se preguntaron qué nuevo asombro iban a presenciar ahora. Pero lo que captaron sus ojos superó todo lo previsto.

¡No había el menor rastro de la muralla de vegetación!

Se había evaporado, había desaparecido, como una ciudad mágica levantada por un genio de «Las Mil y Una Noches», y vuelta a la nada en un simple segundo. En su lugar, un enorme círculo sin hierba, pelado y estéril, con la tierra removida... ¡Y en su centro una forma circular, vidriosa e inmóvil, hacia la que tenían camino franco!

Bill, sin vacilar, echó a andar hacia adelante. Larry se abalanzó sobre él, aterrándole por un brazo.

—¡No! ¡No vayas otra vez, Bill! —le pidió, frenéticamente—. ¡Puede ser peligroso!

—Tengo que averiguar lo que ocurre ahí, Larry —dijo Bill con frialdad—. Lo que esa fuerza puede ser; ha destruido la vegetación con un calor azul que desconocemos. Ahora sabemos por qué subió el termómetro. Pero ignoramos todo lo demás. Y la explicación puede estar ahí, en ese objeto misterioso de forma circular...

—¡También puede estar la muerte, Bill!—replicó Larry—. ¡Es un horror que desconocemos! ¡Ha quemado ese muro de arbustos en menos de cinco segundos... sin dejar rastro! ¡No es de nuestra incumbencia meternos en esto!

—Tal vez no. Pero quiero ver otra vez esa nave

Y saber por qué sigue quemándolo todo a su alrededor.

—¿Y... y si también nos calcina a nosotros? — sugirió Jane, llena de horror.

—Ya lo hubiera hecho, si lo deseara o le fuera posible hacerlo. Esperad aquí, si queréis. Sobre todo tú, Jane.

Larry siguió a su hermano, sin objetar nada. Jane, tras una duda, miró a su espalda, estremeciéndose. Y optó por seguir a los dos hermanos.

Antes de pisar la zona recién calcinada por la extraña luz azul, Bill la rosó con la puntera de su zapato. Después palpó la piel del calzado. Atónito, miró a Larry.

—Frío por completo—-dijo—. ¿Qué clase de fuego o energía será?

Avanzaron los tres resueltamente. El disco cristalino estaba ya ante ellos. Jane advirtió algo sospechoso en él. Se detuvo, gritando vivamente:

—¡Cuidado! Una... una luz azul otra vez...

Larry se dispuso a retroceder. Pero no así Bill, que manifestó simplemente:

—Ya la advertí en mi primera exploración. Sí, Jane. Hay luz azul dentro de ese plato o lo que sea. Ella me permitió ver al ser que lo ocupa.

—¿Pero de verdad hay «algo» ahí dentro, Bill?

—Di más bien «alguien».

—¿Un... un hombre?

—Debe de ser lo más parecido al hombre... en el mundo de donde procede.

—¡Oh, Bill, no puedes creer en esas fantasías! —se irritó Larry.

—¿No? — Bill se detuvo. El disco apenas si distaba diez pies de donde ellos estaban—. Contempla eso, Larry... y respóndeme después...

Obedeció Kenton. Jane con él. Ambos rostros se inclinaron ligeramente, miraron... y una misma sensación de estupor, de incredulidad y de miedo a lo desconocido atenazó sus gargantas, impidiéndoles proferir grito alguno, sujetó sus nervios, dejándoles inmóviles, y prestó a sus rostros una notable palidez en la que destacaba más el brillo fascinado de sus ojos.

El disco era de las dimensiones citadas por Bill. Circular por completo, de superficie cristalina y transparente, sin parecer llevar mecanismo alguno en su interior, y dotado de un saliente o cabina, igualmente circular y más abombada en su centro, en cuyo interior reposaba la criatura extraña a que aludía Bill Kenton, La altura total del disco no sobrepasaría un metro.

Pero lo más sorprendente y pavoroso de todo, «era la criatura misma».

—¿Cómo describirlo?

«Aquello» era una macabra, espeluznante mezcla de humanoide, crustáceo y reptil. Humana era la configuración del largo y abombado cráneo, sin cabello ni rostro. Porque el lugar en que cualquier hombre tendría su faz, era ocupado por tres aberturas que recordaban vagamente unos ojos y una boca, sin ser concretamente nada de ello. Brillaban las escamas de su desorbitado cráneo sin vello. Unos largos, delgados brazos o extremidades, en número de cuatro, terminaban en pinzas dentadas, como podían serlo las de una gigantesca langosta. Relativamente gigantesca, porque el ser aquel no mediría más de un metro de altura, y su apariencia física era más bien débil, a pesar de su repulsiva totalidad. Aparecía sin ropas ni prendas similares. El cuerpo, fibroso y enjuto, poseía una piel escamosa, azulada y brillante. Las piernas eran dos extremidades cortas, con la apariencia

de dos reptiles unidos a su cuerpo, y unos pies membranosos, de tres dedos rematados en agudas uñas curvas, completaban aquel horror viviente.

Estaba tendido dentro de la cabina, en posición horizontal y boca arriba, si aquella horrible abertura negra era una boca. No se movía, no respiraba ni parecía tener vida ahora.

—¡Oh, qué horror!—gimió Jane, acurrucándose contra el pecho de Larry.

Él la acogió, enlazándola con un brazo no demasiado firme. Sentía náuseas frente a aquel espeluznante ser, llegado de Dios sabía dónde. Se cruzó su mirada con la de Bill, que parecía ensombrecido ante la actitud de Jane con su hermano. Pero rápidamente se transfiguró el rostro de Bill que, apartándose del objeto circular, manifestó:

—Ya os dije que era horrible. Y no puede ser terrestre, por fantástico que suene en nuestros oídos. Después de todo, Larry, nada sabemos de otros mundos. El hecho de que el hombre esté enviando ya proyectiles a la Luna e intente en breve hacerlos llegar hasta Marte, no significa nada. «Eso» puede ser un habitante de otro mundo, Larry. O una criatura enviada para experimentar, como nosotros experimentamos con ratas, monos o perros.

—Pero... pero, Bill, esto será algo que cambiará por completo el curso de la vida en la Tierra, alterará el ritmo de los pueblos, los gobiernos y la ciencia misma. Un impacto a la civilización...

—Sí. Y nosotros hemos sido sus primeros descubridores. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Larry? Es algo tremendo, pero hermoso y sensacional a la vez. Estamos frente a frente con un ser de otro mundo. Una criatura llegada de más allá del espacio. Sé lo que significa el golpe también para nosotros, Larry. Antes, el descubrimiento me dejó tan confuso, que ni siquiera advertí que tuviera algo parecido a una cara. Me pareció que esa enorme cabeza escamosa, tenía una forma más oblonga y carecía de agujeros. Pero el hecho es que eso le hace asemejarse más a nosotros... y «que él mismo es la única prueba que tenemos para demostrar la magnitud y el valor de nuestro hallazgo».

—Bill, ¿qué pretendes decir con eso?

—Que si vamos a alguien con la historia, no se creerán absolutamente nada, y nos tomarán a los tres por locos. Evidentemente, no somos los primeros en ver esto. Ya hubo otros que declararon cosas similares, y fueron internados en establecimientos psiquiátricos. Ni se les creyó, ni aun creyéndoles interesaba que el mundo supiera esto. Los gobernantes cuidaron de evitar psicosis colectivas, que podían alterarlo todo. Pero ahora va a ser diferente,

Larry. Tenemos la prueba. Aquí, ante nosotros.

—Y cuando vayamos a la policía y vengan a este lugar... ¿seguirá aquí ese... ese plato?

Era Jane quien hacía la pregunta con admirable serenidad. Bill la miró, sonriendo.

—Atinada observación que ya he pensado yo, Jane. Y precisamente por ello, voy a hacer uso de la facilidad que el propio fuego azul de esta nave nos ha prestado. No sé si esa criatura vive o no, pero lo cierto es que parece dormida.

—No te fíes de eso. Recuerda que alguien dirigió ese fuego.

—Puede surgir automáticamente, Larry. O el ocupante de esta nave puede desear realmente entrar en contacto con seres terrestres. De un modo u otro, es preciso sacarlo de ahí... y llevarlo con nosotros al rancho.

—¡No!—gritó, aterrorizada, Jane—. ¡Eso no! ¡No lo hagan!

—Espera un momento— dijo Larry, atónito—. ¿Pretendes que nosotros...?

—Sí. El doctor Binkel es vecino nuestro, podría examinar a nuestro hombre o lo que sea... y determinar su naturaleza. Será una aportación fabulosa para la ciencia, y nos convertirá, de simples funcionarios del Servicio de Meteorología, en los dos hombres más notables y privilegiados del mundo. La fortuna, la fama, y sabe Dios qué más.

—Escucha, Bill. Yo debería negarme a eso. Pero creo que tienes razón. Esto lo cambiaría todo de arriba abajo. No tenemos derecho a mantener oculta una cosa así. Sin embargo, Bill, ¿cómo sacar de ahí dentro a ese monstruo?

—No lo sé. Es algo tan difícil que no puedo decirte cómo podríamos. — apoyó sus dedos sobre la superficie cristalina, tanteándola sin miedo alguno, y de repente pareció como si una descarga eléctrica le sacudiera. Saltó atrás, gritando—: ¡Eh, Larry, mira esto! ¡El material, sea lo que sea, «se está derritiendo»!

—Dios mío... — Jane retrocedió, muy pálida, sintiendo frío hasta la médula—. No quiero, no quiero mezclarme en esto... Son demasiadas facilidades las que encontráis... Parece...

—¿Qué es lo que estás diciendo? — gruñó Larry.

—¿No ves eso, Jane? ¡Es cierto, se está derritiendo el material del disco, como si fuese simple gelatina!

—No me gusta, Larry... — los ojos de Jane seguían fijos en la forma circular, que iba deformándose, se ablandaba como si fuera caramelo al fuego, y goteaba en la tierra, formando charcos vidriosos —. ¡No me gustan tantas ventajas! Parece... «Como si esa horrible

criatura nos estuviera oyendo y entendiendo...» y nos facilitara las cosas para destruirnos a todos.

Por un momento, Bill y Larry se quedaron impresionados. El curso de los acontecimientos parecía estar de acuerdo con el temor de la joven. Pero, por otro lado, era absurdo suponer que aquella «cosa», mezcla indescriptible de varias naturalezas extrañas, pudiese oír y, mucho menos, «comprender».

—No digas tonterías —le reprendió duramente Bill—. Son simples casualidades que siguen un curso lógico. Mi idea es que esta nave llegó por el aire, acaso con alguna grave avería. Tornó tierra, fallando dos veces la operación, y a la tercera se hundió ahí, muriendo o quedando malherido su ocupante. Algún sistema de propulsión invisible para nosotros, provocó con sus escapes el fuego del bosque. Y ahora, tal vez por la diferente presión, clima o naturaleza de nuestro mundo, su astronave se derrite. Posiblemente eso aniquila la prueba del disco volador, pero no debemos dejarnos arrebatar esta otra prueba ¡Él mismo!

Con temerario valor, Bill Kenton se abalanzó sobre el artefacto circular que se derretía rápidamente, pareciendo desintegrarse al tocar el suelo, y hundió su brazos entre la blandura viscosa y fría del material en descomposición.

Abrieron su dedos un enorme boquete, como si en vez de material sólido fuera frágil papel, y por él introdujo las manos, logrando apoyarlas en la humanidad escamosa y horrible del ser allí yacente. June se había retirado, llena de horror. Bill llamó;

—¡Ayúdame, Larry! ¡Ya es nuestro!

El otro Kenton acudió presuroso en su apoyo. Jane continuó sin mirar, sacudida por el frío desaliento de aquello locura que estaban llevando a cabo los dos hermanos.

Ella, sin saber por qué, había sentido un terror más sutil y profundo que ninguno de ellos, al encararse con aquella faz sin forma ni facciones. Los horribles boquetes en la cabeza sin rostro, las extremidades monstruosas, el horripilante cuerpo de brillantes escamas azules... Todo le provocó una vivísima sensación de angustia, de asco. Y la seguridad terrible, lacerante, de que aquello iba a provocar un desastre incalculable y tremendo en sus vidas...

—Ya está, Jane —dijo una voz masculina y cordial, no lejos de ella. Reconoció el timbre afectuoso y grave de Bill Kenton, que agregó en el acto—: Si no quieres verlo, será mejor que vayas con Larry en el coche. Yo iré a caballo... y llevaré conmigo a nuestro visitante. Creo que puedes sentirte tranquila, porque está muerto...

Jane no respondió. Ni siquiera abrió los ojos, hasta que el brazo de Larry se apoyó en el suyo, y la invitó su voz dulcemente:

—Vamos, Jane, por favor. Bill se ha marchado ya con... con «eso». Del disco no queda el menor rastro.

Abrió ella los ojos, comprobando que era cierto. El terror se agudizó dentro de ella, mientras caminaba con Larry hacia el coche aparcado a la entrada del paraje.

—Larry, ¿no te asusta vuestra acción? dijo de repente—. Un ser capaz de alcanzar la Tierra, si realmente viene de más allá de nuestro espacio... Capaz de quemar aquello que pisa, y cuya nave se derrite de pronto, sin dejar rastro... ¿no será una criatura así, capaz de resucitar, de destruirnos a todos, de sabe Dios qué infinitos y terribles horrores?

—Vamos, vamos, Jane, creo que te dejas llevar de los nervios—sonrió Larry—. Lo que hemos vivido esta noche, es desde luego asombroso, increíble. Pero de eso a tener algún siniestro significado para el futuro... creo sinceramente que no.

—Ojalá estés en lo cierto, Larry. Ojalá... pero no lo creo, «Sé que algo va a ocurrir.»

* * *

El doctor Binkel se despojó de sus gruesos lentes para limpiarlos cuidadosamente con un enorme pañuelo verde. Luego, alzó los ojillos claros, miopes, hacia sus interlocutores.

—¿Es que os habéis vuelto locos los dos, muchachos?— gruñó al fin—. ¿O se trata de una alegre broma para celebrar el domingo?

Larry y Bill se miraron entre sí, bajo la aguda ojeada del vecino médico. Éste dirigió sus ojillos desde ellos al pálido y silencioso Stephen Harrick, Más allá, pasó la negra Lena, que clavó sus enormes ojos en la puerta cerrada del estudio y apresuró el paso persignándose con un rápido gesto.

—¿Usted qué cree, doctor? — dijo suavemente Bill—. ¿Le parece que esto ofrece el aspecto ele una divertida burla?

Binkel se encogió de hombros. Su escepticismo era evidente. Pero también lo era su inquietud. Tras una pausa, señaló a la puerta cerrada.

—¿Y.., está ahí? — preguntó con cierta repugnancia al formular tal interrogante.

—Sí. Nosotros no tenemos una gran experiencia en tales cosas, doctor, de modo que nuestra impresión sobre su aparente estado es más bien dudosa. Sin embargo, parece que está muerto.

—¿Muerto? — Binkel frunció el ceño—. Bien, Bill. No sé qué pensar de todo esto, pero lo mejor será que me mostréis ante todo el... el ente que habéis encontrado.

En silencio, Bill hizo un expresivo ademán. Larry esbozó una mueca y precedió al médico hacia la estancia cenada. Al detenerse ante la puerta, extrajo una llave, la introdujo en la cerradura, haciéndola girar dos veces, y luego mantuvo un instante la mano en el pomo.

—¿Precauciones, eh? — comentó distraídamente Binkel.

—Sí. Después de todo, si procede de otro mundo, ¿quién sabe si eso es morir o dormir en su existencia? — opinó de sorprendente agudeza Larry.

—Cierto — Binkel le miró con cierto asombro, y penetró en la estancia algo impresionado, al abrir Larry 1a puerta. El joven meteorólogo le siguió, cerrando tras de sí con llave. Binkel observó—: ¿Dónde tienen a su curioso personaje, Kenton?

—Ahí — Larry señaló una pesada mesa despacho, sobre la que se advertía una forma cubierta con una sábana. Dos bandas de cuero con fuerte hebilla, rodeaban en doble cinturón a la criatura yacente. Aclaró el joven—: Una precaución más, doctor Binkel.

—Ya veo...

Los dos hombres se detuvieron ante la forma, poco más de una mitad de la dimensión normal de un ser humano. Binkel miraba la figura con intensidad. Larry soltó las dos hebillas, cayeron a un lado las correas... y alzó la sábana por arriba.

—Kenton, ¿qué mil diablos pretendéis con «esto»? ¿Es que lo habéis moldeado en barro?

Larry enarcó las cejas, sorprendido. Sin entender bien la pregunta de Binkel, rodeó la mesa para contemplar al ser yacente. Sintió que la tierra vacilaba bajo sus pies, y hubo de apoyarse en el mueble para no perder el equilibrio.

¡El ser tendido bajo la sábana no se parecía en absoluto al que hallaron ellos en el «plato» transparente de la cañada! Era una forma larga y blanduzca, del color terroso de una pella de barro. Sin rostro, sin cabeza, sin brazos... pero con una rara iniciación de todo ello, al igual que el intento de un niño por modelar un trozo de arcilla.

—Pe... pero si no es posible....— Larry, como hipnotizado, miró en torno suyo. El estudio aparecía cerrado, hermético, sin posible salida para nadie—. ¡No ha podido marcharse!

—Pues al parecer lo ha hecho, dejando un lindo muñeco para engañarnos — rio Binkel. Cambió su tono, agregando con seriedad—. Mira, Larry, la broma ha terminado ya, ¿no te parece? Admito que habéis llegado a impresionarme, pero no debemos de...

—¡Un momento! —Larry se precipitó de nuevo sobre la forma yacente, extendió su mano, apoyándola en la aparente figura de barro.

Hundió los dedos en una masa pulposa, blanda y moldeable. Apartó la mano, y la forma recuperó su tersura. Como enloquecido, Larry Kenton se volvió a Binkel —¡Mire esto, doctor! «Eso» es lo que hallamos en la astronave!

—¡Cuernos, Larry! ¿Pretendes seguir la broma aún?

—¡Tóquelo, doctor Binkel! ¡Tóquelo, por favor! — pidió Larry, exaltadísimo.

Sepultáronse sus dedos, igual que si tocara masa harinosa. Estremecido, retrocedió, alzando sus manos bien abiertas. No había en ellas residuo alguno. El cuerpo volvía a estar terso, igual.

—¡Parece carne! — musitó Binkel, con los cabellos erizados—. ¡Carne humana, Larry!

—Sí. Carne... en formación — completó Kenton, con el rostro bañado en sudor. Corrió a la puerta, la abrió y le gritó a su hermano —; ¡Bill! ¡Bill, corre! ¡Ven aquí!...

Alarmado, su hermano acudió a la llamada. Cerró de nuevo Larry. Bill miro al médico y a él, captó su horror, y avanzó presuroso hacia la mesa. En menos de diez segundos se hizo cargo de la alucinante situación y se volvió, mirándose los dedos como fascinado.

—¿Te das cuenta, Bill? — jadeó Larry— ¡Se ha metamorfoseado, ha cambiado totalmente su apariencia física, su naturaleza, su color y su materia!

¡Eso parece carne humana en período formativo, y juraría que late, que tiene vida!

—Y bien, amigo mío... ¿qué piensa usted de todo esto?

—¿De veras esperas que pueda pensar algo... después de ver, de palpar esa... cosa?—el médico se estremeció, eludiendo la contemplación de la masa tendida sobre la madera. Larry, oportunamente, tendió sobre ella la sábana, y Binkel respiró —. Gracias, Larry... Me has preguntado, Bill, si pienso algo de todo esto. Te diré que sí. Pienso que nos encontramos ante una criatura extraterrena, que por una u otra razón, adopta diversas formas, sufre transmutaciones constantes, originadas tal vez por el ambiente, tal vez por sí mismo o su voluntad... si es que la tiene. Eso es algo casi evidente, ateniéndonos a la forma física que me relatasteis, y que ningún parecido tiene con ésta. Ni boquetes, ni cráneo oval y escamoso, ni cuerpo terso y azul... ni extremidades de cangrejo y de rana. Simple, sencillamente, una criatura en gestación, a juzgar por su aspecto y materia.

—Y si eso es cierto, ¿qué se puede hacer con ello?—-observó Larry.

—Entregarlo a las autoridades sanitarias ante todo. La. Ciencia y la

Ley han de intervenir en esto por partes iguales, y quedarse con «eso» para su estudio unos, y para investigar robre su posible origen y razón de la presencia suya entre nosotros. De modo... — señaló un aparato telefónico —. De modo que no hay otro camino que desligarse de una responsabilidad tan tremenda, y hacer entrega de vuestra cacería al «sheriff» Watkins y al fiscal Howard Nelson. También puede intervenir el «San Bernardino Medical Center». El doctor Arden es una autoridad en antropología, y puede ayudarnos a ver claro. De paso, nosotros ayudaremos también a la Ciencia... y acaso a nuestro propio mundo.

—Nuestro mundo...—suspiró Bill, contemplando la forma envuelta en la sábana, a la qué Larry procedía a rodear de nuevo con el doble cinturón de cuero —. Suena tan extraño ese concepto a la vista de... de «eso». Yo me pregunto: ¿Qué es? ¿O quién es? ¿Y de dónde viene?

Nadie le respondió a eso. Nadie, a fin de cuentas, podía hacerlo... excepto el mismo ser que reposaba bajo la sábana. Y ése no iba a hablar...

CAPÍTULO IV

¡ENIGMA!



ERVIOSAMENTE, Larry Kenton encendió un cigarrillo y miró de soslayo a Bill. Le admiraba la sangre fría, la serenidad de su hermano frente al pavoroso dilema. Se había sentado frente a la ventana enrejada del gabinete, y contemplaba con indiferencia la luz cruda del amanecer sobre el desierto. Espesos nubarrones grises se apelotonaban en la distancia, proyectando una fabulosa sombra contra la tierra rojiza y estéril del Mojave.

Aquellas horas, desde que el doctor Binkel se ausentó, para

denunciar el caso personalmente en Big Bear City al «sheriff» Watkins, y telegrafiar al Observatorio de Monte Wilson y al «San Bernardina Medical Center», para dar cuenta del insólito suceso de la Cañada de Palmdale, eran las horas más largas que últimamente habían vivido los dos Kenton. Ambos gemelos, asombrosamente iguales en lo físico y muy distintos en el carácter, sentíanse ahora identificados también por su común inquietud, sus recelos, sumiendo a lo desconocido...

—¡Oh, esto es intolerable, Bill! —-masculló de repente Larry, aplastando su cigarrillo, apenas aspirado, en el cenicero de cristal más cercano —. Estoy harto de esperar. Y ni siquiera sé lo que esperamos. Con... con esa cosa ahí tendida... y tú y yo como dos centinelas perennes, aguardando a que las autoridades acudan. Eso, suponiendo que se tomen en serio el informe del doctor Binkel...

—Binkel es un buen médico y goza de excelente reputación en toda la Baja California. Le harán caso Larry. Y nos basta con que acudan aquí. La prueba está con nosotros. Nadie puede llamarnos visionarios o locos. Tenemos la verdad palpable, evidente.

—Tardan demasiado, Bill.

—Big Bear no está tan cerca. Y le llevará tiempo hacer gestiones, convencerles de que no bromea o no ve visiones. Tú... tú sabes lo anormal de todo esto. Nadie está preparado para enfrentarse a una cosa así, ni siquiera hoy en día, con el adelanto de posibles viajes interplanetarios y todo eso. La gente aún considera tales cosas como simple fantasía. No podíamos imaginar que estuviera... tan cerca ya.

—Bien, lo cierto es que mis nervios no soportan ya más, Bill. Me voy a descansar un poco. ¿Quieres que, te envíe a Stephen para relevarte?

—No, no. Es demasiado importante para confiárselo a nadie. Yo velaré a nuestro amigo del espacio. Estoy tan cansado como tú, pero creo que lo soportaré...

—Entonces hasta más tarde, Bill. Quisiera estar contigo, pero...

—Vamos, vamos, Larry, no tienes que disculparte. Ve a descansar. Yo subiré más tarde. Cuando se hayan llevado a... a eso.

Larry asintió y salió del gabinete. Bill echó la llave y regresó a la ventana. La luz lívida de la mañana crecía por momentos. Palmdale Ranch erguía su solitaria edificación en plena zona desértica. No había vecinos demasiado cerca.

Contempló el teléfono, diciéndose si debía comunicar con Stacy, pero imaginó lo que su colega respondería a semejantes horas, ante una historia así, y optó por aguardar aún.

Se sentó cerca de la mesa donde reposaba el ente misterioso. No podía evitar la tentación de clavar sus ojos en la forma que cubría la

sábana. Se preguntaba de dónde y para qué había llegado a la Tierra. Y cuál sería su naturaleza, su mente, si la poseía.

Era enloquecedor pensar sobre ello, y Bill optó por apartar la mente de tales ideas. Estaba cansado, muy cansado. De buen grado hubiera cogido su cama, para dormir sin preocupaciones. O en este mismo asiento, muelle y cómodo. Reclinar la cabeza era fácil, El sueño haría el resto.

Se encontró dando cabezadas violentas. Los párpados se le cerraban insensiblemente, y sólo un vivo esfuerzo le arrancó del sopor en que estaba sumiéndose de forma invencible.

—Demonio, no me gustaría dormirme con semejante compañía — musitó, estremeciéndose.

Se incorporó, dando paseos por la habitación. Persistía la somnolencia, pero no había peligro de caer en ella, si seguía sosteniéndose en pie sin cesar de moverse.

Así se mantuvo unos minutos. Finalmente, regresó a la ventana, desde la que contemplo el ascenso lento de la luz solar, surgiendo por el este. Transcurrió el tiempo. Era ya muy tarde.

Bill, preocupado, se dirigió al teléfono y lo descolgó. Tras una duda, marcó el número del doctor Binkel. Repicó cinco o seis veces el timbre al otro extremo del hilo, antes de que una voz de mujer se pusiera al receptor, indagando:

—¿Quién llama a estas horas?

—Soy yo, señora Binkel: Bill Kenton. ¿Cuánto hace que su esposo se ausentó para Big Bear City?

—¿Big Bear City dice? ¿Qué broma es esa, Kenton? —la voz femenina sonó irritada. Usted le llamó anoche, y él no me dijo que pensara ir a Big Bear, sino a su rancho, a Palmadle...

—Bien, eso es cierto. Pero después, él regresó a casa para avisarle, cambiarse de ropa y marchar rápidamente a Big Bear. Tal vez le habrá contado incluso de qué se trata. Tenía intención de hacerlo, según me dijo...

—Escuche, Kenton, no sé qué enredo se trae usted con Harry, pero lo cierto es que él no ha vuelto todavía a casa. Si es cierto que se ha ausentado de ahí hace tiempo, yo...

—¿Tiempo dice? ¡Si abandonó el rancho hace más de cinco horas!

—¡Cinco horas! ¡Dios mío, entonces algo tiene que haberle ocurrido para que no haya aparecido!— clamó la voz, ahora substituida la irritación por una viva angustia—. ¡No puede tardar tanto, ni siquiera en llegar a Big Bear y volver!

—Es lo mismo que he pensado yo, señora Binkel— dijo con apremio Larry—. La avisaré si sé algo. Voy a llamar a Big Bear...

Colgó bruscamente, se mordió el labio inferior, reflexionando. Su mirada fue directamente al cuerpo inmóvil de la mesa, y volvió a alzar el receptor, marcando una cifra.

—Con Big Bear, por favor—pidió a la centralilla rural. Dio su número y el solicitado y esperó. Le pusieron brevemente con la ciudad —. ¡Oiga! ¿Es el despacho del «sheriff»?

—Sí — masculló una lejana voz apagada—. ¿Qué mil diablos le ocurre para llamar a estas horas? ¿Arde su casa o la han saqueado los ladrones?

—¡Escuche! Esto es Palmdale Ranch, puesto del Servicio Meteorológico. ¿No se ha presentado el doctor Binkel a formular una denuncia urgentísima en ese puesto?

—¿Binkel? ¿Harry Binkel, quiere usted decir?

—Sí, él mismo.

—No, no hemos visto a Binkel desde hace días. Escuche, yo soy el «sheriff» Watkins. ¿Es usted tal vez uno de los Kenton?

—Bill Kenton, sí. Es muy importante saber dónde está ahora Binkel o lo que ha podido ocurrirle. Tengo razones para temer un accidente, ya que ni en su casa ni ahí saben dar noticias de su paradero. Y, además, algo terrible ocurre aquí, «sheriff». Algo trascendental, que puede significar una revolución total en el mundo cuando llegue a conocerse. ¿Se da cuenta de lo que le digo, «sheriff»? Es absolutamente preciso que venga. Y cuanto antes, mejor.

—Diablo, Kenton. No logro entenderle. ¿No va a decirme lo que le ocurre?

—No, Watkins. Es tan horrible que no puede mencionarse siquiera por teléfono...

—¡Está bien, Kenton! ¡Voy a toda prisa! Y haré buscar a Binkel por todas partes.

—Gracias, «sheriff». A ser posible, tráigase consigo un médico y también al Fiscal.

—¿Tan serio es eso?

—Mucho más de lo que nunca podría imaginarse. No tarden, si quieren ver la cosa más espantosa que jamás vieron ojos humanos... — colgó, imaginando el gesto del viejo Watkins, y empezó a dar frenéticos paseos por la estancia.

Todo parecía ponerse contra él. Pero ahora nada podría impedir que los representantes de la Ley se enfrentaran al enigmático huésped que, allí yacía

Se sentía harto, cansado de tener bajo su propio techo a un auténtico enigma viviente, a un ser extraño y posiblemente peligroso. Peligroso... Sí, era una posibilidad digna de tenerse en cuenta, se dijo.

—Peligroso...— mascculló a flor de labio, mirando la forma inerte.

Y, lleno de súbito recelo, se movió hacia ella, dispuesto a contemplar de nuevo su apariencia actual.

Lo hubiera hecho, de no descubrir a través de la ventana algo inusitado. Una figura familiar caminaba por el claro, de espaldas a la casa. Era Jane Owens, su auxiliar en el Observatorio Meteorológico. Pero aquella no era su hora de levantarse.

Con una mano en el borde de la sábana, se detuvo, vacilante. Por fin, se encogió de hombros, sin tocar la tela que cubría a la criatura de otro mundo, y se encaminó a la salida.

Cerró tras de sí la puerta del gabinete, dándole dos vueltas a la llave. Dejó a solas el cuerpo tendido sobre la mesa, y salió también al claro.

Echó a andar rápidamente, hasta emparejarse con Jane. Ella le miró, sobresaltada.

—Soy yo, Jane, no temas — sonrió Bill.

—Cielos, Bill, ¿también tú te has levantado ya? —se asombró Jane, que lucía una graciosa chaqueta de piel, con adornos de flecos, y cubría sus manos con unos guantes de vivos colores —. Todos madrugamos mucho esta mañana...

—Lo cierto es que yo madrugo más que ninguno —Bill Kenton soltó una risita—. No me he acostado aún, Jane.

—¿Eh? ¿Que no has...? ¡Oh, entiendo! ¿Has estado velando a esa preciosidad que tenemos por huésped de honor?

—Algo parecido. Llegarán a por él de un momento a otro, Watkins viene hacia acá.

—¿Y Binkel? ¿No quiere volver, ni siquiera por interés profesional?

—Binkel no aparece, Jane — dijo gravemente Bill, haciendo que ella girase la cabeza con inquietud—. No sabemos dónde puede haber ido al salir de aquí. Pero no fue a su casa. Ni a Big Bear.

—¡Dios mío! — Jane se estremeció, a pesar de sus ropas de abrigo y del poco frío reinante. —No me gusta eso, Bill... Tengo miedo...

—¿Miedo? — la carcajada de Bill Kenton fue algo forzada— ¿A qué?

—A... a aquello—señaló la ventana del gabinete, trémula su mano.

—¿Crees seriamente que un ser inmóvil, por raro que sea, puede hacerte daño alguno? Aún no ha vuelto a la vida ni ofrece trazas de hacerlo.

—Pero se transformó, antes de que el doctor Binkel le echara la vista encima. Se lo oí decir cuando salía del gabinete. Bill, ¿por qué tuviste que recogerlo en la cañada? Tengo el presentimiento de que

nos traerá terribles males. Le tengo horror, odio...

—Eres demasiado impresionable, Jane. Por eso no has podido seguir durmiendo. Te obsesiona esa tontería. De acuerdo en que recibir a un ser de otros mundos es un suceso trascendental, el primer paso de una nueva era. Pero no nos puede afectar a nosotros solos. Ese pobre ser, cualquiera que sea su naturaleza, acaso fue un emisario de destrucción. Ahora, no es nada. Un cadáver, más o menos deforme y mutable.

Siguieron andando un trecho, en silencio, por entre las torretas metálicas que se erguían en el claro de Palmdale Ranch. La luz del día, aunque velada por auténticos núcleos de nubes grises, iba intensificándose por momentos. Soplaba un aíre húmedo, que presagiaba la inminencia de la lluvia. Los barómetros señalaban indefectiblemente: «Humedad intensa. Lluvias cercanas».

—Stacy no se equivocó, Bill — dijo de pronto Jane, mirando hacia las alturas —. Pronto tendremos lluvia.

—Stacy... Bill enarcó las cejas—. Es curioso. Pero si hubiéramos aceptado su invitación de anoche para ir al cine de Big Bear, esto no nos hubiera ocurrido a nosotros. Tal vez jamás nos hubiésemos enterado de la existencia del plato volador y de su misterioso tripulante.

—¿De dónde crees que puede venir ese ser?

—No sé. Si realmente procede de otros mundos, Marte sería el más indicado como origen, si los científicos y los novelistas saben lo que se dicen. Pero como yo no creo en unos ni en otros, dejaremos esa cuestión para alguien más capacitado. La verdad es que tal vez nunca sepamos su procedencia. Cualquier planeta, tal vez uno muy distante de nosotros, ¿quién puede saberlo?

—¿Y todos sus habitantes tendrán la horrible forma que le vimos anoche?

—Tal vez. Pero se me ha ocurrido una cosa, Jane. Posiblemente no sea éste el primer planeta que visita nuestro hombre. Y su forma original haya ido cambiando, de acuerdo con otros mundos habitados que visitó anteriormente.

—¡Oh, Bill, suena todo... a imposible, a un grotesco diálogo de película infantil!

—Pero no es infantil lo que ocurre, Jane. Sea lo que sea, puede constituir una amenaza para la especie humana. No por ese único y pobre ente que tenemos ahí. Pero imaginemos millares, millones de ellos... invadiéndonos. ¿Qué ocurriría entonces?

—¡Dios mío, no! ¡Sería demasiado horrible!

—Demasiado horrible — asintió Bill—. Es, exactamente, lo que yo

estaba pensando...

Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia, cuando dos automóviles chirriaron al doblar la curva del sendero orillado de arena arcillosa, y se detuvieron ante la granja meteorológica. Saltaron a tierra varios hombres. Jane y Bill se volvieron a ellos.

Reconocieron al «sheriff» Watkins, con botas de montar, una cazadora de cuero, con su insignia, y sombrero a usanza vaquera. Detrás ele él, venían el Fiscal del Distrito de San Bernardino, Howard Nelson, su ayudante, Hillman, y un comisario.

—Bien venidos, «sheriff» — se, apresuró a saludarles Bill, tendiéndoles la mano—. Hola, Nelson. Me alegro de verles. Vengan conmigo, por favor...

—Pero, Kenton, ¿qué es lo que sucede aquí? —indagó el viejo Watkins, siguiéndole —. ¿Tan urgente es su caso?

—Mucho. Ahora lo comprobarán por sí mismos... ¿Saben ya algo de Binkel?

—Oh, Binkel...— Watkins tragó saliva e, inclinó la cabeza—. Sí, Kenton. Hay malas noticias.

—¿Malas noticias dice? — Bill y Jane cambiaron una rápida mirada de angustia—. ¡Hable!

—Ha sido encontrado... muerto.

—¡Muerto!

—Sí. Su coche volcó en la carretera a Big Bear.

Se incendió totalmente y pereció carbonizado. Todavía no logro comprender cómo pudo ocurrirle... Era la parte más llana y menos peligrosa de la ruta. Algo tuvo que sucederle para perder el control del coche. Alrededor de donde cayó el vehículo, dando una vuelta de campana completa, la hierba y los matorrales aparecían calcinados en un ancho círculo.

—¡Calcinados en círculo!—Una terrible lividez cubrió el semblante de Bill. Captó el mismo horror en el rostro crispado de Jane Owens, y una prisa súbita, angustiosa, le invadió—. ¡Pronto, vamos al gabinete, «sheriff»! Aquí ocurre algo espantoso que no acierto a comprender... Pero creo que todos estamos en peligro mortal.

El Fiscal, su ayudante, el «sheriff» y el propio comisario, se lanzaron desesperadamente detrás del ágil atleta que era Kenton, el cual salvaba ya la distancia hacia la casa, como si llevara alas impulsándole en los pies.

—¡Que me ahorquen si comprendo algo de esto! —graznó Watkins, resoplando.

A paso de carga cruzaron el vestíbulo, y Kenton se detuvo, jadeante, en la puerta cerrada. Introdujo la llave, la hizo girar en la

cerradura y abrió de golpe, advirtiendo dramáticamente:

—Ahora... ¡prepárense para lo que van a ver... y a saber!

Entraron todos en tropel. Jane, estremecida, se quedó atrás, y Bill no insistió, percatándose de su aspecto atemorizado.

—¿Y bien, Kenton? — demandó el fiscal Nelson—. ¿Qué es lo que hemos de ver ahora?

—Lo tienen sobre esa mesa. ¿No se dan cuenta de que...? ¡Dios mío, no...!

Todos habían seguido el curso de su mirada, captado la expresión horrorizada, incrédula y plena de angustia del joven meteorólogo, cuyos ojos azules se, fijaron en la mesa despacho.

Y todos preguntaron por qué la visión de una mesa vacía y de una sábana que colgaba de ésta hasta caer en tierra, podía causar tanto terror, a un hombre equilibrado y normal.

—Que el infierno me lleve si entiendo algo volvió a mascullar Watkins—. Kenton, ¿qué mil diablos le ocurre y qué es lo que quiere enseñarnos? —-¡Se ha ido! —musitó, sacudido por el espanto, Bill Kenton—. ¡Se ha ido!

—Que se ha ido... ¿quién?—demandó enérgicamente el Fiscal—. No veo sentido en todo esto, Kenton. Y perdóneme si le parezco brusco, pero su actitud carece de...

—¡Estaba ahí, Nelson!—rugió Bill, avanzando hacia la mesa—. ¡Sobre esa tabla de madera...! ¡Muerto, dormido o aletargado, no lo sé! ¡Y ahora no está... se ha marchado!

Se inclinó, tomando del suelo los dos cinturones de cuero. Estaban deshabitados. No se habían roto ni violentado.

—¿Qué o quién se ha marchado, Kenton?—.pidió Watkins—, Trate de ser concreto, hijo.

Sin hacerle caso, Bill miró en derredor. Los cabellos de la nuca se, le erizaron al descubrir que la puerta se cerraba. La puerta del gabinete, por la misma que todos ellos habían entrado, estaba cerrándose suave, lentamente... ¡y sólo una mano era visible! Una mano humara, pero deforme y brillante...

—¡Ahí! — chilló, lanzándose hacia la puerta—. ¡Ahí está! ¡Hay que cogerle...! ¡Se ocultó tras la puerta al entrar nosotros!

Con un fuerte chasquido, la puerta se cerró. Fuera, un grito espantoso, prolongado, brotó de la garganta de Jane. Bill, impotente, golpeó la puerta, tiró del pomo... La pesada hoja no cedió. Alguien había hecho girar la llave por dos veces, cerrándola.

—¡Jane! ¡Jane!—aulló Bill—. ¡Por Dios, Jane, dime qué te ocurre!

Nadie respondió. Aunque Watkins no comprendía nada de nada, se acercó a la puerta y aplicó a ella su revólver. Hizo dos disparos.

Saltó la cerradura en pedazos. Bill tiró del pomo y saltó al vestíbulo, seguido por los cuatro hombres desconcertados.

—¡Jane! — gritó, abalanzándose sobre la muchacha, que yacía boca arriba, sobre el entarimado del «hall»—. ¡Jane! ¿Qué te han hecho...?

Hincó una rodilla junto a ella. Nelson le imitó al otro lado, ayudándole a alzar la cabeza de la joven. Estaba lívida, blanca como un cadáver, y con los ojos cerrados. Nelson apoyó una mano en su seno y con la otra le tomó el pulso. Alzó los ojos hasta Bill.

—No tema — dijo—. Vive aún, y no creo que haya razón para asustarse. Está inconsciente, eso es todo. Necesita inmediata asistencia, eso sí. Avise a un médico, Hillman, y cuide de esta joven.

—En seguida, señor — asintió el ayudante del Fiscal saliendo a todo correr.

Watkins, perplejo, miraba a su alrededor, revólver en mano. Por una puerta del fondo del corredor, apareció Stephen Harrick, que se quedó mirando al grupo con una expresión atónita en su pecoso rostro.

—Y bien, Kenton, ¿va a decirnos de una vez quién era el que escapó de ahí dentro, dejándonos encerrados y asustando o atacando a la señorita Owens? — mascculló el «sheriff».

Su comisario, que había llegado hasta la salida del rancho, meneaba la cabeza negativamente, tras mirar a un lado y otro del claro exterior. Evidentemente, no descubría nada ni nadie que fueran sospechosos.

Bill, sumamente impresionado, se alzó cuan alto era, miró gravemente a Watkins y le espetó:

—Ya sé que no van a creerme una sola palabra, y que sólo con el apoyo de los testimonios de mi hermano Larry, de Jane Owens, de Stephen Harrick y de nuestra criada Lena, pueda tal vez convencerles un poco. El otro que podía confirmar lo que les diré ahora, ha muerto: era el doctor Binkel. Tienen que empezar a buscar por todas partes, «sheriff». Buscar a un enemigo peligroso, inquietante y desconocido. Puede ser inofensivo y puede ser terriblemente destructor...

—¿Qué es? ¿Un loco? Porque aquella sábana, aquellas correas...

—Aquella sábana y aquellas correan, «sheriff», apresaban a un ser llegado del espacio, al habitante de otro mundo que no era la Tierra. Un ser, mezcla de humanoide, reptil y mil cosas más. Anoche le hallamos en la Cañada, dentro de lo que parecía ser un disco volador. Y no me encierren en un sanatorio psiquiátrico, porque no estoy loco... ¡Hay que buscar a esa criatura! No puede estar lejos, posiblemente no haya salido aún del edificio... y desde luego, no ha abandonado el rancho en forma alguna...

Watkins, Nelson y el comisario, se miraron entre sí, estupefactos. Sus expresiones demostraron claramente la incredulidad, el asombro y el escepticismo más rotundos. Naturalmente, tampoco Bill esperaba que le creyesen. Y sin entretenerse más, Kenton se precipitó al encuentro de Stephen, a quien interpeló:

—¡Harrick! ¿Le has visto?

—¿Eh? ¿A quién?

—¡Al monstruo! ¡Se nos ha escapado! ¡Ha huido, Stephen!

—Dios mío... — Stephen retrocedió, muy pálido —. ¡No puede ser...! Si estaba- muerto...

—Parecía muerto... Pero se despojó de las correas, de la sábana, y tuvo inteligencia para esconderse tras la hoja de la puerta, al ser abierta, y salir después a espaldas nuestras, dejándonos encerrados. Incluso supo girar la llave.

—Pero señor Kenton, ¿cómo es posible que sepa usted con seguridad que ha sido él?

—¡Le vi, Harrick! ¡Vi su mano! Una mano humana, brillante y extraña... ¡Ignoro cuál será su aspecto actual, pero sé que tiene manos del hombre...!

De un punto alejado de ellos, llegó un nuevo y terrible grito de terror. Todos se quedaron rígidos, mirándose entre sí. Watkins y el comisario con el revólver en la mano..-

—¡Lena! —aulló Bill Kenton—. ¡Es Lena la que ha gritado! ¡Vamos...!

Se lanzó a todo correr por el otro pasillo lateral, el más cercano a la puerta del gabinete. Le siguieron todos en tropel. Bill gritó, sin detenerse en su carrera:

—¡Uno que rodee la casa por fuera! ¡Las dependencias de servicio están en la fachada sur!

El comisario del «sheriff» no esperó órdenes al respecto. Giró sobre sí mismo, lanzándose en dirección inversa a la de los demás.

Con Bill Kenton a la cabeza, el grupo llego hasta el ala de servicio de Palmdale Ranch. Cargó el joven contra la puerta cerrada, y ésta resistió con un crujido.

—¡La ha asegurado por dentro con el cerrojo. — rugió Bill —. ¡Ese maldito diablo...!

Watkins acercó de nuevo el revólver a la Puerta. Pero Bill se lo arrebató en el acto, amartillándolo él.

—¡Yo sé dónde está situado exactamente el cerrojo! — manifestó, aplicando el cañón a un punto concreto de la puerta.

Hizo fuego, dos, tres veces. Saltó el arma entre sus dedos y se astilló la madera entre nubarrones de humo acre y estampidos

sonoros.

Devolvió a Watkins el arma y volvió a la carga, apoyado por la corpulencia del fiscal Nelson. Esta vez la puerta no opuso resistencia. Cedió a un lado, descolgándose un grueso cerrojo de sus pasadores, arrancados a balazos, y... la negra Lena apareció ante ellos, acurrucada en un rincón de la cocina, convertida su faz en una máscara grisácea por la lividez de su piel de ébano, las blancas órbitas de sus ojos dilatadas al máximo y un temblor convulso de pies a cabeza,

En torno suyo, recipientes de todas clases aparecían derribados, hechos trizas contra el suelo. A los pies de la criada negra yacía una botella convenida en añicos, y entre sus fragmentos, gruesas gotas de sangre, que todavía caían de los dedos de la desdichada, herida sin duda por las aristas, al rompérsele entre las manos.

—¡Allí!—gritó Nelson abruptamente, señalando a un punto de la cocina.

Y Lena, incapaz de hablar palabra, asintió, como corroborando la indicación del fiscal, con un movimiento frenético de cabeza, a la vez que sus ojos se dilataban incomprensiblemente, más aún.

Bill miró hacía allí. Descubrió la enorme grieta en el ventanal que asomaba a los cobertizos posteriores. Una ancha estrella de agudas aristas y una alfombra de vidrios rotos al pie de la ventana.

En el exterior sonó una voz masculina, estridente y llena de urgencia:

—¡Aquí está! ¡Ya lo tengo!...

En el acto una detonación de revólver ahogó la voz. Siguió algo parecido a un espeluznante susurro un murmullo ronco y lejano, con un final sibilante...

—¡Es el comisario! — dijo Nelson — ¡Vamos pronto!

Se dirigieron a la ventana, pero Bill les rectificó:

—¡No, por aquí es mejor! — se dirigió a un lado, precisamente aquel junto al cual se acurrucaba Lena, la empujó a un lado con suavidad y abrió una puerto de malla metálica, que daba a otro lugar de los mismos cobertizos.

Los tres hombres corrieron hacia el punto donde sonara la voz. Ahora no se percibían ruidos ni llamadas de ninguna especie, y aquel silencio les espoleó más aún que un sonido de, lucha. Tenía algo de siniestro, de inquietante...

Rodearon el primer cobertizo, enfrentándose con otro que servía para guardar el automóvil y los caballos, en dos compartimentos gemelos. Detrás, una torreta de madera con una plataforma en la altura, servía para que les meteorólogos controlasen con sus

instrumentos las velocidades de los vientos.

No tuvieron que ir más allá. Junto al garaje encontraron al comisario.

Estaba tendido en tierra, aferrando todavía el revólver. Podía ser fácilmente reconocido por su uniforme rural. Pero ahí terminaba toda posibilidad de identificación. Su cabeza de hombre joven era una pulpa informe, sanguinolenta y extrañamente chamuscada, cuyo nauseabundo olor hizo retroceder, horrorizados, a los tres hombres.

Algo o alguien le había deshecho el cráneo y aplastado el rostro, abrasándolo al mismo tiempo con su contacto. Un extraño tinte azulado cubría su enrojecida piel y sus triturados huesos. La masa encefálica apenas si era otra cosa que salpicaduras...

—¡Cielo santo! — musitó roncamente el fiscal Nelson, contemplando como hipnotizado aquel horror —. ¿Quién pudo hacer una cosa así... apenas en unos segundos?

Bill Kenton, desencajado y trémulo, se volvió hacia él.

—Ya se lo dije antes, señor habló con lentitud— No es humano. No es siquiera terrestre... Pertenece a otro mundo, a otra forma de vida...

Y ahora ya sabemos que puede y quiere matar.

CAPÍTULO V

LA CRIATURA DE LAS MIL FORMAS



L regreso a la casa, tras una paciente e infructuosa búsqueda por toda la zona cercada de Palmdale Ranch, fue lenta, y penosa. El «sheriff» quería quedarse: junto al cadáver de su comisario, pero el fiscal le hizo ver que convenía más investigar en Lena y en la propia Jane Owens, testigos excepcionales que podrían dar detalles del aspecto físico y reacciones del agresor.

Bill Kenton iba, sombrío., caminando junto a la sólida figura de Howard Nelson. Alcanzaron la cocina y encontraron a Lena sentada en una silla, sollozando histéricamente. Una cabeza rubia se alzó junto a ella, dejando de reanimarla. Larry Kenton contempló con perplejidad a su hermano y a los visitantes.

—¡Bill! ¿Qué es lo que sucede? — demandó—.

Esos gritos, los disparos... Stephen me ha dicho que viniera con vosotros, hacia este lado de la casa.

Larry vestía aún el pijama, bajo la bata de vivo tono azul. Su mano sostenía un vaso de agua, mediado de coñac, con el que pretendía reanimar a la negra.

—Es algo espantoso, Larry — informó Bill gravemente-—. Nuestro huésped ha huido del gabinete...

El vaso se estrelló en el pavimente; al huir de la mano de Larry.

—¡Oh, no! — aulló, palideciendo, una mirada a las expresiones hoscas del «sheriff» y del fiscal le convenció de la realidad de aquel asombroso hecho —. Pero... ¿entonces estaba vivo?

—Parece ser que sí. Ha matado al comisario.

—¡Lo ha matado!

—Sí. Destrozó su cabeza como si fuera un fruto maduro. Y la quemó, no sé de qué modo. Mientras tanto, el doctor Binkel ha aparecido muerto en la carretera. Con el coche incendiado, en un punto donde no existía peligro... Y nuestra abominable criatura pudo haber matado también a Lena y a Jane...

Se vio interrumpido.

—¡Jane!—la mirada de Larry buscó obstinadamente a la muchacha sin hallarla—. ¿Dónde está? ¿Qué es ahora de Jane?

—No temas — dijo Bill con cierta sequedad—. Está arriba sin duda, atendida por el ayudante del fiscal, por Hillman. Se desvaneció al ver a... bueno, a lo que fuese.

—¡Cielos, tengo que ver lo que le ocurre!—y Larry se lanzó hacia la puerta, saliendo de la cocina apresuradamente.

Bill suspiró, inclinándose sobre Lena. La fiel sirvienta de color le miró, sin verle.

—¿Cómo se encuentra ahora, Lena? ¿Mejor?

Ella meneó la cabeza negativamente. Pero sin embargo el tono grisáceo de su piel comenzaba a disminuir. Bill pidió más coñac al «sheriff», y el viejo Watkins se acercó a la botella que Larry Kenton había dejado sobre la repisa de la cocina. Bill se encontró con la mirada pensativa, de Nelson, que no la separaba de él.

—Acaba de decir usted que Binkel ha muerto carbonizado... y parecía asociarlo con todo esto — dijo gravemente el fiscal—. ¿Cree de veras que ningún ser, humano o no, puede matar a distancia? Porque, evidentemente, el mismo que mató al comisario de Watkins no ha podido acabar con Binkel en forma alguna.

—Eso ninguno de nosotros puede saberlo.— manifestó Bill, aplicando el coñac a los labios de la negra. Añadió con impresionante sencillez—: Pero puede haber más de una de esas criaturas... Puede haber otras en diferentes lugares del país, de la Tierra...

Nelson hizo un geste desesperado y se pasó los dedos frenéticos por su terso cabello de metálico brillo.

—¡Oh, Kenton, parecemos criaturas discutiendo una historieta de diez centavos!—gruñó—, ¡Todo esto ha de tener una explicación normal, plausible! ¡No puedo creer en seres llegados de otros mundos, en platillos volantes y todas esas zarandajas, dese cuenta!

—Lamento que no lo crea, Nelson, y no se lo reprocho. Ya le dije que era duro de admitir. Pero es evidente que hay alguien en libertad. Alguien despiadado y cruel, con formidables dotes destructoras. Lena y Jane pueden darnos algún informe. Esperemos aún.

Tuvieron que esperar aún más de veinte minutos para que la sirvienta de color reaccionase lentamente, parpadeara, echándose a llorar desconsoladamente, y tras el desahogo de sus crispados nervios pudiera ir modulando frases con cierto sentido.

Todos la rodeaban.

—Vamos, Lena, tiene que hacer un esfuerzo y ayudarnos— dijo suavemente Nelson, inclinado hacia ella—. Así nos será más fácil capturar a ese hombre y librarla de nuevos temores...

Lena le dirigió una vivísima, desorbitada mirada, y entreabrió los labios.

—¿Hombre? ¿Hombre ha dicho? — jadeó—. ¡Oh, cielos, no! ¡Que los espíritus me protejan, si aquello era un hombre!...

—Precisamente eso es lo que tratamos de saber, Lena—agregó Bill suavemente—. ¿Cómo era él? ¿Cómo le vio usted? Trate de recordar, de pensar en su aspecto físico...

Un temblor convulso sacudió a la negra. Sus pupilas centellearon. Evidentemente, el recuerdo no era demasiado grato.

—Era horrible, señor Kenton... — tartamudeó al fin, con un breve pero tenso auditorio en derredor suyo —. Tenía cuerpo, brazos, manos, piernas y pies, y también cabeza.

—¿Humanos? — preguntó Bill con avidez.

—Si, si...—Lena sollozó ruidosamente antes de añadir—: Pero daba espanto verle... Era el demonio, señor Kenton, el demonio en persona...

—Bueno, bueno, a usted se lo pareció, Lena, pero no tenía nada demoníaco. Era un ser viviente como usted y como yo...

—¿Como usted y como yo dice? ¡Oh, no, señor Kenton! Era igual, sí, pero... «no tenía piel».

—¿Eh? — atónito, Bill se inclinó más sobre la eriaza. Nelson y Watkins le imitaron—, ¿Qué quiere decir?

—Era... lo mismo que el grabado que ustedes tienen en la biblioteca... Ése que está junto a la ventana... Se veían sus venas, su carne... y brillaba. Todo él brillaba como si le cubriera una funda de goma transparente o algo así...

Aturdido, Bill se incorporó. Sus ojos se dilataban, cuajados de horror.

—El grabado de la biblioteca...—miró a Nelson y le hizo una seña —. Venga usted conmigo, por favor. Watkins, no se mueva de aquí.

Salieron los dos hombres. Nelson se preguntaba qué nuevo disparate iba a ver. Y cuando Kenton le abrió la puerta de la biblioteca, situada frente al gabinete y similar en su distribución al mismo, lo comprendió nada más ver el amplío grabado en color extendido sobre el muro, junto a la ventana.

Era uno de esos desagradables gráficos médicos, con la anatomía humana a base del esqueleto recubierto totalmente de músculos y arterias, en un entrelazado fantástico y siniestro a la vez. Tendones, nervios y fibras, constituyendo una forma humana perfecta, a la que sólo faltaba la epidermis para darle el acabado,

—¿Lo entiende ahora, Nelson? — masculló Bill roncamente.

—¡Dios me valga, Kenton! Pero... pero un ser así... resultarla horripilante...

—Horripilante, sí. Ahora comprendo el desmayo de Jane, el terror de Lena...

—¡Pero ningún hombre puede ir por el mundo sin epidermis, mostrando su interior!

—Recuerde que no es un hombre. Ha huido antes de tiempo, sin duda porque sabía que después no iba a poderlo hacer. Y sin concluir

su metamorfosis en un perfecto reflejo del ser humano, aunque el brillo que yo vi en aquella mano y el que menciona Lena parecen señalar la presencia de una membrana envolvente, de una piel en formación, escapó de aquí, sin intención de hacer daño mientras no fuera inevitable. Lo fue con el comisario, armado y dispuesto a todo, y terminó con él de un modo que aterra por su espantosa facilidad. De modo que ahora tenernos que buscar a un ser en formación, casi humano en su apariencia... pero que si llega a completar su transformación resultaría casi imposible de localizar. ¿Se da cuenta de! horror que tenemos delante?

Nelson se cogió la cabeza entre las manos y la sacudió desesperadamente.

—Por favor, Kenton, un poco de calma. No puede pedirme que me adapte en seguida a este estado de cosas. Todavía me suena todo a imposible. Usted ha visto a esa... esa «cosa», y puede estar seguro de lo que dice o hace. Pero yo no. Me enfrenta con algo tan asombroso que casi nadie pasaría a creerlo. Yo mismo dudo, no puedo admitir lo que ocurre, pese a que soy hombre impresionable y de ancho criterio.

—Me doy cuenta de la situación, Nelson. Pero uno o más seres de otro mundo estén ya entre nosotros, son capaces de adoptar nuestra forma... y tienen un poderoso cerebro, capaz de comprender y de intuir. E incluso de presentir, si no me equivoco. No hay otro medio de luchar con ese peligro que aniquilándolo antes de que sea demasiado tarde.

—¡Nelson, Kenton, vengan un momento, por favor!—llamó la voz potente de Watkins.

El fiscal y el meteorólogo se miraron un segundo y después echaron a correr hacia la cocina. Junio a la escalera se les unió Larry, que bajaba demudado y perplejo.

Cuando estuvieron todos en la cocina se encontraron con que Lena se había recuperado casi totalmente, aunque seguía como una sonámbula, sentada e inmóvil. En cuanto al «sheriff», junto a la ventana destrozada por el fugitivo, examinaba algo que sostenía en sus dedos. Se acercaron a él vivamente.

—¿Que es lo que ocurre, «sheriff»?— demandó Nelson.

—Vean esto — extendió sus dedos —. Lo he encontrado ahora en las aristas de cristal de la ventana rota.

Tres cabezas se inclinaron vivamente sobre la mano rugosa del representante de la Ley.

Todos vieron el líquido blancuzco, espeso, que brillaba entre sus dedos. Parecía en principio pulpa de coco o crema de leche. Pero sabían que era algo más siniestro.

—¿Qué puede ser eso? —indagó Nelson.

—Puede ser sangre — Larry Kenton fue el que habló ahora, con voz grave.

—¿Sangre? — fue una exclamación a coro, con tres caras rígidas vueltas hacia él.

—Sí. Supongamos que ese ser se ha herido al cruzar la cristalera. ¿Sabían que su apariencia actual es la de un hombre sin piel, un manojo de fibras, nervios y vísceras, envueltas en un tejido membranoso, transparente y terso? Jane acaba de describirlo así al volver en sí del desmayo...

—¡Cielos, eso coincide con lo que vio Lena!—jadeó Watkins—. ¡Es para volverse loco!

—Nada más fácil, entonces, que sufrir heridas en la piel, forzosamente débil aún, al ser rozado por los vidrios — prosiguió febrilmente Larry—. Y entonces nuestra criatura derrama sangre. Pero sangre, blanca, «sangre suya». En su metamorfosis, o no ha podido o no ha tenido tiempo de trocar la naturaleza y color de la sangre. Tal vez jamás lo logre, por perfecta que sea su reproducción del hombre.

Y tendremos un perfecto «doble» de ser humano... pero con sangre blanca, extraña...

Watkins, asqueado, estuvo a punto de sacudir sus dedos, derramando las gotas del enigmático líquido. Nelson lo evitó, frenando su muñeca.

—No —pidió enérgicamente—. No puede hacer eso, por mucho que le repugne. Hay que analizar esa sangre...

Extrajo un tubito de píldoras de; su bolsillo superior, lo vació por completo, lavándolo en el grifo y secándolo después cuanto le fue posible. Entonces logró introducir en el interior un par de gotas del blanco líquido. Larry se acercó a los cristales y pasó por ellos sus dedos. Los miró, pensativo, sin decir nada.

Nelson, guardando el tubo en un bolsillo, cuidadosamente envuelto en su pañuelo, habló con solemnidad, mirando gravemente a los dos gemelos Kenton y al «sheriff».

—A partir de este momento espero de todos ustedes absoluta discreción hasta que los laboratorios de San Bernardino analicen esta secreción o hasta que la policía capture a ese engendro que ninguno de nosotros ha llegado a ver aún en su nueva forma. Ustedes dos, Bill y Larry Kenton, serán los más directos colaboradores de que dispondré en el caso. Si hacemos público todo esto, la Prensa y los altos organismos se reirían de nosotros, y nadie, absolutamente nadie, creería una sola palabra de tan fantástico relato. Por el bien común y por nosotros mismos, será mejor silenciar de momento la verdad. Y trabajar. Trabajar ruda y calladamente contra ese posible invasor de nuestro mundo. No creo que un ser con la horrible apariencia de éste,

pueda pasar desapercibido en parte alguna. ¿Imaginan lo que supondrá en cualquier sitio la aparición de un hombre sin piel ni envoltura normal, un auténtico monstruo espeluznante? Recibiremos miles de comunicados para seguirle la pista. Y cuando le demos caza, recuerden lo ocurrido al comisario Scott. Mátenlo. ¡Mátenlo como a un perro rabioso en cuanto le echen la vista encima!

Siguió un denso, violento silencio. Lo quebró la voz serena de Bill Kenton:

—¿Se ha percatado usted de una cosa, Nelson?—respondió—. Si esa criatura es capaz de adaptarse a la forma que desee... ¿no nos encontraremos con que ya ni siquiera tenga esa forma y haya podido adoptar la de un animal, un ave o un hombre perfectamente normal y sin diferencia física con ningún otro? si en unas pocas horas hizo lo más difícil... ¿por qué no completar su piel, cabello, etc., en unos pocos minutos?

—Y entonces nada ni nadie podrá dar con él si realmente está dotado de una inteligencia poderosa — completó Larry Kenton sombrío.

Las afirmaciones de los dos gemelos Kenton eran tan contundentes y provistas de lógica que nadie se atrevió a discutirlas. De golpe, la energía de Howard Nelson sufrió un rudo impacto.

Pero, no obstante, se movió con largas zancadas hacia la salida y dijo enérgicamente:

—De todos modos, hay algo que se impone hacer en primer lugar: el análisis de esta sangre o lo que sea. Conociendo su composición, tal vez lleguemos a saber la naturaleza de nuestro temible adversario de las mil formas...

Esto nadie se lo discutió. Pero los rastros expresaron escasas esperanzas.

* * *

La escasa lluvia caída aquella mañana cedió a mediodía, para convertirse en torrencial al caer la tarde. Se cubrió todo el cielo de nubes oscuras, y el desierto pasó por uno de esos glandes temporales que esmaltan los climas cálidos. El suelo arcilloso embebió la lluvia vorazmente, pero ésta superó su sed y pronto grandes lagunas se formaron en torno a Palmdale Ranch, cuyos árboles eran sacudidos por un viento huracanado que impulsaba la cortina de agua contra la techumbre y ventanas del edificio.

La cena de los hermanos Kenton y Jane Owens, en compañía de un Stephen Harrick más taciturno que nunca, fue silenciosa y poco cordial. A cada golpeteo brusco del agua contra la ventana, o del

viento, haciendo batir algún postigo mal encajado, Jane sufría un estremecimiento.

Ya en los postres, Bill creyó llegado el momento de hablar:

—-Bien, amigos míos, parece como si algo terrible se hubiera abatido sobre nosotros, convirtiéndonos en seres huraños y temerosos. Estoy de acuerdo con todos en que la situación dista mucho de ser normal, como tampoco es agradable. Pero no podemos sumirnos en un abatimiento así, o todo se resentirá. Recordad el consejo de Nelson: hay que mantenerse callado a toda costa. No lo lograremos sí nuestro trabajo no es el habitual. De modo que usted, Harrick, irá como siempre hasta la cañada, a tomar las temperaturas.

—¿A la cañada? ¡No!—aulló Harrick, incorporándose con violencia —. ¡No iré!

—¡Bien, iré yo entonces! —rugió Bill, encarándose con su colaborador—. ¡Hatajo de cobardes! ¿Cree que en la cañada van a estar acechándole para triturarlo? Tú, Larry, te ocuparás de los indicadores de la lluvia, presión y todo eso.

—Bien, Bill.

—Menos mal que encuentro a alguien con dos dedos de frente. Gracias, hermano.

—Yo también haré mi labor, Bill —dijo fríamente Jane —. Hemos de redactar el boletín de cada día, tú tienes razón en eso. Acobardándonos no lograremos nada.

Se abrió la puerta y' entró una ráfaga de aire frío en el comedor. Todos se volvieron en redondo. Lena, con la bandeja para recoger las vajillas, hizo su entrada en el salón. Parecía el fantasma de la Lena que todos conocían. Bill la miró con simpatía.

—¿Cómo van esos ánimos, Lena? — preguntó dulcemente.

—Mejor, señor Kenton — medio sonrió ella —. Pero aunque he cerrado el postigo de madera del exterior, ver ese cristal roto me crispa los nervios...

—No temas — sonrió Larry—. Mañana iré yo a Big Bear a por un cristal nuevo, y todo arreglado. Vamos a la cañada de los espíritus de Marte. ¿Quieres algo para ellos, Harrick?

Avergonzado, Stephen irguió su roja cabeza con orgullo.

—No, señor Kenton. Yo iré. Tuve un momento de histerismo, perdóneme.

—Eso está mejor — sonrió ahora Bill—. Yo le comprendo, Stephen, como le comprendemos todos. Somos humanos y estamos en su misma situación. Pero será mejor sobreponerse. De todos modos, le acompañará Larry. Así irán los dos más tranquilos.

—Gracias—-dijo, con un suspiro de alivio, el bueno de Harrick.

—Vaya, no creas que a mí me disgusta la idea —gruñó Larry—. Me gusta hacer el papel de valiente, pero lo interpretaba con bastante miedo, no creas.

Rieron todos, incluso la negra. Pareció huir algo de la densa acritud reinante durante la cena. La idea del trabajo cotidiano, obligatorio, les había infundido nuevo aliento.

Momentos después cada uno se ocupaba de su propia labor de cada día. Y Jane, reuniendo datos, cifras y previsiones, iba redactando el boletín que por teléfono sería transmitido posteriormente al Observatorio Wilson para su comprobación, así como a las emisoras y diarios de las ciudades inmediatas.

Ocupados en sus tareas cotidianas en Palmdale Ranch se olvidaron del horrible incidente de la cañada y de sus espantosas consecuencias de aquella mañana...

El boletín transmitido fue por completo normal y nadie hizo referencia a cosa alguna que no fuese la habitual información. Ni Larry ni Harrick vieron en la cañada indicio alarmante alguno.

Aquella noche, cuando todos se retiraron a descansar, la lluvia seguía cayendo en torrencial cortina sobre el rancho. Por senderos y zanjas corría el agua a torrentes, y nada hacía prever que cesara la virulencia del temporal.

Dormía el edificio entero cuando se entreabrió poco a poco una puerta, y una sombra furtiva salió al corredor. Unos pies cautelosos, lentos, avanzaron hasta la escalera, la bajaron peldaño a peldaño, cuidando de que las maderas no crujiesen.

Alcanzó el pasillo que conducía a las dependencias de servicio, lo recorrió hasta la misma puerta que aquella mañana destrozara a balazos Bill Kenton. Entró en la cocina.

Poco después unas manos aparecían junto a la ventana destrozada por la que huyera el monstruo.

Unos dedos hábiles manipularon con una pequeña varilla de vidrio, rozando las aristas del cristal roto y retiraron la varilla con una espesa gota blancuzca adherida a su extremo. Todo ello entró en un pequeño tubo de cristal. Lo taponaron.

Y la sombra misteriosa regresó lentamente, sin producir el menor ruido, hacia el centro de la casa.

CAPÍTULO VI

CRECE EL HORROR

DURANTE dos días enteros, el agua no cesó de caer, salvo en breves momentos en que decrecía la intensidad de la lluvia, si bien no por completo.

Fueron dos días de normalidad en Palmdale Ranch. Cierto que existía un aire taciturno, receloso, en todos sus ocupantes. Cualquier puerta demasiado bruscamente abierta, o el golpear de un postigo, provocaba el respingo de los nerviosos y excitados habitantes de Palmdale Ranch.

Hasta el jueves a media tarde no cesó de llover. Entonces, con la brusquedad propia de las zonas cálidas en aquel punto de California sometido a las temperaturas más elevadas, juntamente con su inmediato vecino, el Valle de la Muerte, absorbió toda la humedad, se resquebrajaron las extensiones arcillosas a medida que se secaban y se calmó el viento, quedando todo sereno y tranquilo cuando las primeras sombras de la noche cayeron sobro el desierto Mojave.

Bill Kenton terminó de escribir su boletín diario: «...cesando totalmente las torrenciales lluvias de los últimos días, si bien persiste cierta humedad que puede provocar precipitaciones de importancia en sus zonas más cálidas».

Soltó la pluma, se pasó una mano por la frente y le sonrió a Jane Owens, que redactaba a máquina las copias de los boletines del día. Junto a ella, el teléfono para transmitirlos, esperaba la llamada de costumbre.

Jane hizo una pausa en su tecleo.

—Parece que todo se ha normalizado ya, ¿eh, Jane?— preguntó Bill, con suavidad.

—Sí. Incluso Lena vuelve a ser la de antes — rio Jane de buena gana.

—Siempre es un consuelo. La radio y los periódicos siguen sin dar noticia alguna.

—Nelson mantiene su tónica de silencio absoluto. ¿Será prudente tanto silencio? La gente tiene derecho a saber lo que ocurrió.

—Tal vez entonces se provocara una oleada de pánico que conviene evitar. Nelson es un hombre inteligente y práctico. Confiemos en sus métodos. Yo espero que...

En aquel momento, zumbó el teléfono. Jane se irguió, inquieta. Bill, ceñudo, hizo un gesto expresivo hacia el receptor. La muchacha descolgó el aparato.

—¿Dígame? —- escuchó, se iluminaron sus ojos, y tendió el receptor a Bill—. Es Nelson en persona.

—¡Cielos! — asió el aparato, preguntando ansiosamente—: ¿Qué hay, Nelson?

—Buenas noches, Kenton—.sonó la voz grave pastosa e inconfundible del fiscal del Distrito — ¿Qué tal por ahí? ¿Ha cesado de llover, corno en San Bernardino?

—Sí, también. Esperemos que dure... Nelson, ¿qué desea? ¿Sabe algo del análisis?

—Sé algo — asintió la vos del fiscal —. Ahora acaban de entregarme el informe en el «Medical Center».

—¿Y... era sangre?

—¡Oh, no! —Nelson soltó una carcajada—. Eso es lo más cómico de todo. Hemos hecho una montaña de un grano de arena, Kenton, y ustedes tienen mucha culpa en ello. El informe del laboratorio es concluyente. No tiene nada de extraño ni de ultraterreno. Se trata, simplemente, de una savia vegetal, similar a la que brota de los cactus.

—¡Imposible!

—Vaya si es posible. Es una pulpa vegetal sin afinidad alguna con sangres ni secreciones vitales. Totalmente terrestre y totalmente vulgar. Su historia fabulosa al agua, amigo Kenton. De veras lo lamento, pero archivaremos su relato, y olvidaremos cosas tan grotescas como las que lograron inculcarnos a Watkins y a mí.

—¡Pero usted estuvo, usted vio...!

—Alto ahí, Kenton. Yo vi muerto al comisario Scott, posiblemente por un intruso que le agredió. Estamos batiendo la región en busca de ese merodeador asesino y de su arma. Pero no vamos a pasar el ridículo buscando marcianos por las casas. ¿Se imagina nuestro triste papel en los periódicos, si eso ocurriera?

Furioso, colgó Kenton el receptor, sin despedirse del fiscal. Miró con expresión alterada a Jane. Ella asintió, con el rostro ligeramente pálido.

—He oído sus palabras — dijo sencillamente—. Nelson habla en tono muy alto. Créeme que lamento todo esto, pero acaso sea él quien tiene razón, y nosotros los que hayamos visto alucinaciones, o tal vez el truco ingenioso de un merodeador astuto.

—¡No hay truco en esto! ¡No puede haberlo en aquel fuego circular, en aquella, energía magnética, en el plato transparente que se desintegró, y mucho menos en el horrible ser que recogimos! ¡No hubo truco en su metamorfosis, en su fuga, en la muerte de Scott y en el susto que os dio a vosotras! ¿Crees posible tanta perfección, tanta

cosa inexplicable, en un farsante terrestre?

—No — tuvo que admitir ella, abatida —. De no ser por ese monstruo que vimos...

—¡Ese monstruo era la prueba, nuestra gran prueba! ¡Y se nos fue de las manos! Jamás podremos demostrar a nadie la verdad de lo que hemos vivido.

—Y yo me pregunto ahora, Bill: ¿qué ocurrirá con ese monstruo, andando suelto por el mundo? ¿A qué ha venido a nuestro mundo?

—Si pudiéramos saber eso... Lo malo, Jane, es que no sabemos nada. Absolutamente nada... Y ese maldito Nelson, con su cambio de opinión, nos ha terminado de hundir.

—Parecía creerte, Bill, creernos a todos...

—Y nos creía. Pero si realmente le han dicho eso en el laboratorio...—se animó su rostro de repente. Añadió con súbita viveza—: ¡Espera un momento!

Tomó el teléfono, marcó una cifra, y la centralilla de San Bernardino le, respondió. Kenton solicitó el «Medical Center», y una vez conectado éste, demandó por la Sección de Análisis, de parte del ayudante del fiscal Nelson. Esperaba poderles engañar.

Se puso el encargado de los laboratorios, doctor Lowell.

Habló Bill:

—Escuche, doctor Lowell, soy el ayudante del fiscal Nelson, Pat Hillman. Necesito el informe completo del análisis que han hecho para él. Me refiero a ese líquido blancuzco que han identificado como savia vegetal. Por favor, es muy urgente, para consignarlo en un informe.

—¿Un análisis para el fiscal, dice usted? — Lowell hablaba, con tono firme—. Espere, Hillman, pero creo que Nelson hace algún tiempo que no nos trae nada al efecto.

—En esta ocasión, sí. Le han entregado hoy el resultado del análisis, doctor.

Lowell se ausentó. Estuvo corto tiempo, y al regresar al aparato, declaró:

—Lamento insistirle, Hillman, pero usted es el primero que debería de saber esto. El fiscal, hizo el último análisis aquí hace cosa de mes y medio. No ha traído líquido de ningún color, por tanto no hemos extendido resultado alguno que afecte a savia vegetal de ninguna especie. Ni para el fiscal, ni para nadie. ¿Algo más, Hillman?

—No, nada más. Gracias, doctor Lowell— colgó bruscamente el receptor. Su mirada se clavó en Jane con obstinación—. ¿Has oído esto? Nelson no ha llevado nada de nada a analizar.

—¿Ves? Ni siquiera ha creído en nosotros al principio, aunque fingió hacerlo.

—No puede ser. Estoy seguro de que Nelson era sincero al admitir la posibilidad de lo que estaba aconteciendo... Y de todos modos, hubiera llevado el líquido a analizar. No perdía nada con ello. Lo raro es que no lo ha llevado. ¿A qué decirnos que sí, y que su resultado es lo que le ha disuadido al respecto?

Frenéticamente, tomó de nuevo el teléfono, volvió a marcar otro número. Esta vez era Big Bear. La oficina del «sheriff». Reconoció la voz de Watkins al aparato.

—¡«Sheriff»! Soy Bill Kenton. Tengo precisión de hablar con usted,

—Hola, muchacho. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—No ocurre nada nuevo. Pero Nelson ha dejado de creer en nosotros.

—¿De veras?

—Sí. Y; lo que es peor, nos ha engañado.

—¿En qué?

—No ha llevado a analizar el líquido blanco de la ventana. Asegura que sí, pero en el «Medical Center» nos han dicho lo contrario. ¿Sabe usted lo que ha hecho con esa sangre o lo que sea?

—A mí me dijo que lo llevaría al «Medical», cuando regresamos juntos en mi coche, Kenton,

Y yo, en tu caso, creería eso. No te busques más complicaciones, hijo.

—¿Eh? ¿Qué mil diablos quiere usted decir? — se asombró Bill.

—Nada. ¿Por qué no te olvidas de todo ese asunto y lo dejas en nuestras manos? Es la Ley la que ha de resolver el caso, no tú.

—Watkins, sus palabras son extrañas...

—Son sensatas y prudentes, muchacho. Confía en nosotros y no te arrepentirás. Nosotros nos cuidaremos de que jamás tengas preocupaciones ni quebraderos de cabeza. La paz, la falta de emociones, es algo magnífico. El estado perfecto del ser...

—¿Pero qué es lo que dice?

—Que trabajes en tus cosas... y no pienses más en toda esa locura. Olvídalo, olvídalo, hijo...—hablaba suave, dulcemente, y colgó el receptor dejando a Bill atónito, con el aparato aún en su mano.

—¡Que me ahorquen si entiendo todo esto! -—aulló, dando, un violento golpe con el teléfono al colgar—. ¡Todos se han confabulado contra nosotros, todos niegan ahora... y recomiendan calma, paz y no sé cuántos disparates absurdos! No lo comprendo, no lo comprendo, Jane...

—Cálmate. Después de todo, no eres tú el más indicado para estrellarte de cabeza contra un muro de ladrillo. En manos de esos

hombres está la responsabilidad de una nación, de unos seres y de una sociedad. Nosotros, no tenemos la obligación de suplirles.

—Tenemos una obligación ante nosotros mismos y nuestros semejantes, Jane — dijo duramente Bill Kenton—, ¡La de luchar por el bien común, la de defendernos de nuestros enemigos, y ayudar a los vecinos, a los amigos y a los que no lo son, contra cualquier peligro ajeno! Y tú, como Larry, como Stephen, como yo mismo, sabes que hay un peligro, un atroz y alucinante peligro mezclado ya entre, nosotros...

—Pero no podemos ninguno de nosotros hacer nada por conjurarlo. Si todo un Fiscal del Distrito y un «sheriff» temen el ridículo, ¿qué acogida darían los periódicos a nuestras declaraciones?

—¡Pues ha de haber un modo de enfrentarse a todo eso... y yo lo encontraré!

Bill salió, dando un violento portazo, y dejó a Jane Owens la total responsabilidad sobre la remesa de partes meteorológicos. Ella, con un suspiro, tomó el teléfono, pidió línea y número, y una vea establecida la conexión, comenzó monótonamente:

—Aquí Palmdale Ranch, desierto de Mojave, a las diecinueve horas, cuarenta y cinco minutos. Parte del Servicio Meteorológico de la Costa del Pacífico, transmitiendo para todo el Oeste...

* * *

Larry Kenton se apartó con lentitud del recipiente cubicular de vidrio. Una mueca de intenso horror deformaba sus facciones ante lo que estaba presenciando.

En el fondo del vidrio, una menuda, insignificante gota blanca, pastosa, empezaba a agitarse. La parte superior del receptáculo estaba herméticamente cerrada. Dentro del mismo, Larry había hecho el vacío absoluto, antes de intentar la prueba que seguía a su análisis de la solitaria gota blanca recogida dos noches atrás en la ventana de la cocina.

La gota se movía con acompasados movimientos, parecidos a los latidos de un corazón diminuto, delicado. Súbitamente, empezó a apreciarse en ella un brusco espasmo repetido de forma constante... y el volumen de la gota comenzó a crecer.

Lenta pero sensiblemente aumentaba el tamaño de aquella partícula de lechosa apariencia, Se hinchaba igual que un globo o una cámara de goma. Tomaba un color brillante, terso, que reflejaba la luz de la estancia como una enorme perla.

—¡Dios mío...!—susurró, impresionado—. No es posible...

Pero era posible. Todo cuanto Larry había temido en los últimos

días. Todo cuanto el análisis secreto de la partícula blanca le reveló, sumiéndole en el horror.

Ahora aquella sangre de un ser de otro mundo, estaba aumentando de volumen, a la vez que latía con vida propia...

Fascinado, contempló la progresiva movilidad y agigantamiento de la repugnante materia. De continuar a aquel ritmo, en menos de veinticuatro horas, llenaría por completo el recipiente de vidrio en que se hallaba.

Y tal vez entonces, ni siquiera el contacto con el aire pudiera aniquilar a la potencia viva que engendraba en el vacío una simple gota.

Tomó, con mano nerviosa, el papel donde anotara los resultados del análisis. Leyó, dificultosamente, sus letras deformadas por los nervios:

«Materia densa, dotada de glóbulos blancos y transparentes. Similar a la sangre humana en reacciones, pero intensamente metálica de naturaleza. De tal modo que cuando no posee una gran dosis o un desarrollo total, la acción de óxidos y ácidos, e incluso del propio oxígeno que compone el aire terrestre, la aniquila por oxidación de su fuerza vital. Los seres que porten esta sangre en sus arterias, serán por fuerza auténtica metaloides, susceptibles de perecer oxidados, si se les ataca con fuerte dosis de ácidos o elementos oxigenados. Aunque parezca fantástico, acusa ciertas reacciones como si tuviera una vida propia, independiente de la de su portador...»

Tiró el papel, sintiendo cubierto el rostro cíe sudor. Era espantoso, abominable. Pero indudablemente cierto, si se atenía a las pruebas. Aquella sangre tenía vida, fuerza... acaso inteligencia también.

Asqueado, aferró la lámpara de mesa con brazo flexible, que iluminaba la horrible escena. Y con su cuerpo metálico, descargó un brutal mazazo en el vidrio. Resquebrajóse, éste, con un terrible estruendo, se hizo añicos, y Larry siguió golpeando con auténtica furia, sin darse cuenta siquiera de que las agudas aristas de las partes quebradas se hincaban en la piel de sus muñecas, arañándolas profundamente. Fluyó la sangre de los cortes, pero tal era la rabia de Larry que ni siquiera le, dolió.

Al penetrar el aire con violencia en la campana de vacío, la materia cesó de crecer, y de repente estalló como una burbuja, salpicando de menudas gotitas el rostro y brazos de Larry.

El joven Kenton, lleno de asco, se pasó las manos, frenéticamente, por la cara y los brazos, quitándose hasta el último residuo del viscoso elemento.

Sólo entonces descubrió la sangre entre sus dedos y, llevado de su cólera, descargó el último golpe, ahora sobre el resto blancuzco,

que se adhirió a la lámpara. Aparato y materia fueron a parar al hogar encendido, donde un chisporroteo sibilante marcó el final del elemento con el que había experimentado.

—Es... es horrible...—jadeó, con expresión de odio, como si mirara a un adversario racional a quien hubiese matado—, Tienen que saberlo... Tienen que saberlo todos... para que se protejan de eso... Dios mío, ¿es posible que en tu Creación haya cosas tan imposibles de imaginar?

Sentía náuseas, dolor de estómago y vértigo. El impacto emocional había sido demasiado fuerte. Por un momento, temió que le hubieran oído destrozar la cámara de cristal, y subieran a ver lo que sucedía. Pero no ocurrió nada de eso.

Larry no quería revelar aun lo que había descubierto. No era el momento. Si este era cierto, si su afición de siempre a la química biológica había dado tan grandes y sorprendentes resultados, era mejor buscar todavía algo más, una cosa útil que ofrecer a los mismos a quienes iba a advertir del espantoso peligro que se cernía sobre el planeta.

Y ¿qué cosa mejor que un antídoto contra aquel enemigo silencioso e implacable, que se podía filtrar por cualquier parte y vivir agazapado en cualquier sitio?

Un antídoto... Se, le achicaron las pupilas, centelleantes de excitación. Sí, era factible. Él conocía ya el talón de Aquiles, el punto flaco del adversario: su metalismo.

Sí atacaba esa naturaleza metálica... aquella fuerza de desconocido e ignoto origen, estaría vencida definitivamente.

Resuelto a iniciar en el más absoluto secreto su investigación, recogió los fragmentos de vidrio, limpió el suelo, y con todo hizo un envoltorio que ocultó cuidadosamente.

En la fiebre de su nuevo afán, ni siquiera se acordaba ya de los cortes de sus brazos, ni de la sangre que enrojecía su piel.

* * *

Bill Kenton puso en marcha su automóvil «ranger». Comprobó que su revólver «Colt» de calibre 45, empavonado y flamante, funcionaba bien e iba cargado con los seis cartuchos. También examinó el rifle «Winchester» que yacía junto a él en el asiento, y respiró hondo.

Una dura expresión belicosa animaba sus facciones. Si la noche antes no había llegado a resolver nada, por falta de decisión, ahora estaba dispuesto a cumplir lo que le dijera a Jane,

Había esperado en vano noticias de Nelson o de Watkins. Todo continuaba igual, y en dos ocasiones trató de ponerse en

comunicación con ellos por teléfono. En ninguno de los casos respondieron a su llamada.

Ahora, antes de que se hiciera de noche, llegaría a Big Bear City, y trataría de convencer a Watkins para que le apoyara. No quería seguir sufriendo en silencio. Ya no era por su propia seguridad, la de su hermano Larry, tan huraño y apartado de todos en aquellos últimos días, o la de los demás seres humanos. Bill estaba dispuesto a luchar, por una sola persona: por Jane.

Ella lo merecía todo. Hacía mucho tiempo que Bill sentía por aquella muchacha un sentimiento más profundo que el de la amistad o el simple afecto de camaradas en cotidiana labor de colaboración.

Pero respetaba los sentimientos de Larry, que también estaba enamorado de ella. Y en la incógnita de cuál de los dos podía atraer a Jane, Bill jamás se atrevió a declararle su cariño.

Después de todo, ambos eran físicamente idénticos. ¿Qué preferencia tendría Jane por uno o por otro? Había de ser simplemente moral, ya que en lo material, ambos eran como una, misma persona. En ese terreno, no cabían comparaciones.

Puso el motor en marcha y salió suavemente del garaje. Entonces vio a Stephen Harrick, mirándole curiosamente desde los aparatos medidores de temperatura. Le sonrió, agitando la mano, y Harrick se acercó a él.

—¿Se va usted a algún sitio, señor Kenton? —preguntó.

—Sí, Stephen. Voy hasta Big Bear. ¿Quieres algo de allí?

—Pues... verá, señor Kenton. Yo... yo quería hacer algunas compras, cosas particulares, ¿sabe usted?, de esas de que no se pueden encargar a nadie porque son de gusto personal, y me complacería mucho poder acercarme a Big Bear...

—Está bien, Stephen. Te advierto que no es un viaje de placer, pero puedes venir conmigo si te acomoda. Antes de un par de horas estaremos de regreso en el rancho.

—Excelente, señor Kenton. ¿De verdad no le molestará mi compañía?

—¡Qué tontería!— rió Bill, abriendo la portezuela—. Vamos, sube.

Desde une, ventana, un rostro idéntico al del hombre que se alejaba en el coche, presenció la salida del vehículo. Luego, cayó la cortinilla de nuevo, y el que espiara la salida de Bill Kenton respiró con fuerza.

—Se va mi hermano — musitó a flor de labio Creo que es el momento de ir al anexo y experimentar. Nadie irá a molestarme en un largo espacio de tiempo, estoy seguro...

Resueltamente, Larry Kenton tomó consigo los diversos objetos

que tenía alineados sobre su mesa, y los envolvió en una lona impermeable, dirigiéndose con todo ello hacia el exterior.

Era el mejor momento para intentar la gran prueba. Después, tendría ocasión de revelar a todos la magnitud de sus descubrimientos, pero sin llegar a atemorizarles y hundirles en el desaliento, porque también podría decirles:

—He aquí el antídoto, hermano. La forma de vencer a nuestro monstruoso enemigo...

Entró en el anexo, cerró con llave tras da sí. Al hacerlo, le acosó una fuerte punzada en la nuca, y se llevó vivamente la mano allí, experimentando un cosquilleo molesto, que hizo latir sus sienes apresuradamente durante unos segundos,

Avanzó hasta la mesa donde se disponía a trabajar durante varias horas. Depositó ante si los elementos que portaba. Iban rotulados en varios frascos y tubos metálicos: «Agua destilada». «Oxígeno». «Acido corrosivo». Y así, varios más.

Al dejar los recipientes, frunció el ceño, contemplándose sus manos. Los cortes de las muñecas se habían cicatrizado. Pero una rara hinchazón se extendía sobre ellos, como si empezara una infección. Sin embargo, ni dolor ni molestias señalaban semejante contingencia.

Se encogió de hombros, disponiéndose a iniciar la tarea.

CAPÍTULO VII

CERCO ALUCINANTE

EMPEZABAN a encenderse las luces de los escaparates y alumbrado público, cuando el coche de los Kenton se detuvo junto al bordillo de

la acera en la Calle Mayor de Big Bear City.

Enfrente, estaba el Banco del Pacífico, tras cuyos grandes ventanales esmerilados, lucían algunas lámparas de los últimos empleados ocupados en concluir la tarea.

El agente de policía del sector pasó frente al coche y se inclinó para saludar:

—Buenas noches, señor Kenton.

—Hola, Williams — sonrió Bill, agitando una mano— ¿Todo bien por Big Bear?

El agente sonrió.

—Claro, señor. Aquí nunca ocurre nada.

A Bill eso casi le hizo soltar una carcajada. ¡Si el bueno de Williams supiera...! Pero no, él sería otro de los que no le creerían. No se podía pensar en referir a nadie aquella historia de locura, iniciada noches atrás en la cañada.

—Bien, Stephen, creo que aquí nos separamos tú y yo—dijo Bill a su acompañante—. ¿Adónde vas tú?

—Primero visitaré el almacén de Burke, y después el bazar de Charlie. Tal vez me pase también un momento por el bar de Joss Noddle.

—Haz lo que quieras. Tienes un margen de tiempo a tu disposición — consultó su reloj —. Son las siete en punto de la tarde. A las ocho y media nos reuniremos aquí. Si llegas a las ocho, es posible que también me encuentres ya esperándote.

—Estaré a las ocho, señor Kenton.

—Adiós, y haz buenas compras, muchacho.

Stephen Harrick, pelirrojo y desgarbado como siempre, se alejó calle arriba. Bill se encaminó en otra dirección. Cruzó frente a las carteleras del cinematógrafo donde proyectaban aquella película que tanto entusiasmaba a Stacy Abbott. Las alegres fotografías en colores, distribuidas en las carteleras, le parecieron a Bill tan incongruentes como la misma normalidad de Big Bear.

Una típica ciudad californiana, en una típica noche de principios de otoño. Nada anormal, nada fuera de tono. Ante aquello, los temores parecían infundados, las angustias absurdas.

Era tan diferente la soledad y aislamiento de Palmdale Ranch a esta comunidad apacible de la población vecina... Incluso la presencia del monstruo de otros espacios en la cabaña, su transformación posterior en humanoide, la muerte del comisario Scott y todo lo demás, parecían fruto de la imaginación. Casi disculpaba la apatía que había invadido a Watkins, a Nelson, a todos ellos, a su regreso de la alucinante jornada de Palmdale Ranch.

A pesar de todo, Bill Kenton avanzó con paso rápido por la acera, bañada por la luz de los brillantes escaparates de los almacenes, y llegó hasta la calle donde Watkins tenía su oficina como «sheriff» de la localidad.

Era una calle corta y bastante ancha, que comunicaba directamente con la carretera general de San Bernardino. Al fondo, se veía, de vez en cuando, el destello de los faros de un coche, pasando raudo hacia la cercana ciudad más importante del Condado.

Bill se detuvo frente al edificio del «sheriff».

La mención y una estrella, aparecían grabadas en oro sobre la vidriera opaca, iluminada por la claridad interior de la oficina.

Ahora habían colgado un cartel sobre el pomo, indicando: «Denuncias en el puesto policial, a partir de las seis y media.» Esto le hizo sonreír. Empuño el pomo y lo hizo girar, abriendo la hoja de cristal. Entro resueltamente.

El hombre sentado a la mesa, giró ligeramente a un lado, comenzando:

—¿Es que no sabe leer? Las denuncias deben de...—-se detuvo Watkins, con expresión perpleja—. ¡Kenton! ¿Qué mil diablos hace aquí? ¿Es que el hombre del clima se ha dignado abandonar su puesto?

Rio el «sheriff», incorporándose ágilmente, y extendió su mano a Bill. Éste la ignoró, y apoyándose en la pared de la oficina, se quedó mirando con frialdad a Watkins.

—He venido a aclarar ciertas cosas, «sheriff»—declaró resueltamente —. Acerca de nuestra charla telefónica de anoche, ¿recuerda?

—Oh, sí, claro que recuerdo... Vamos, Bill, deja ese aire de juez y siéntate. Comprendo lo que sientes, pero debes darte cuenta de que es lo más prudente. ¿No has sentido un poco la sensación de que estás loco perdido, al abandonar tú rancho y entrar en Big Bear, donde todo es normal y apacible?

—¡Apacible, normal! ¡Estoy harto de esas palabras, «Sheriff», y usted parece haberlas aprendido a maravilla! No me gustan las cosas apacibles bajo cuya capa de aceite bulle un temporal espantoso.

Y eso le ocurre a Big Bear. Y al mundo entero, Watkins. Usted lo sabe, usted lo ha visto igual que yo, y es necio pretender engañarme de ese modo.

—Pero, mi querido Kenton, tú relatas una historia en la que, posiblemente, todos os habéis dejado llevar por la fantasía, la vida en aislamiento y todo eso. Un suceso extraño o anormal, lo habéis convertido en una estupenda historia de seres fantásticos, que nadie

ha visto, excepto vosotros mismos.

—Pero ¿y su comisario asesinado, "Watkins? — se enfureció Bill —. ¿Ha olvidado ya eso?

—Yo no he olvidado nada, pero fue algo que pudo hacer cualquier hombre corriente. Todo ha de tener su lógica explicación, sería absurdo buscarle otra. Esa es mi opinión, y supongo será también la de Nelson. ¿Por qué no sigues mi consejo y dejas de preocuparte con todo eso? El peligro, cualquiera que fuese, se marchó de tu casa. El asunto ya no te afecta a ti, sino a nosotros. Y nosotros nos ocuparemos de él mejor que nadie.

Bill trataba de captar en la mirada de Watkins alguna muestra de que estuviera simplemente tratando de calmarle aunque pensara de otro modo. Pero no pudo descubrir nada en los ojos del «sheriff», vagos e inexpresivos.

—Muy bien —dijo fríamente, irguiéndose—. ¿Es su última palabra?

—Sí, Kenton. Mi última palabra.

Watkins no parecía dispuesto a ceder ni a dejarse convencer. Súbitamente, el afable «sheriff» de Big Bear, se había convertido en un hombre tajante e inflexible.

—¡Muy bien! —Bill se encaminó a la puerta. Se volvió, ya allí, y miró coléricamente a Watkins—. ¡No va a terminar esto aquí, «sheriff»! ¡Usted y Nelson probablemente no desearán complicaciones, pero yo voy a ir hasta donde sea preciso, incluso hasta el Gobernador de California, si es necesario! ¡Yo sabré encontrar pruebas, yo llevaré a mis testigos hasta el fin, y demostraré que América, que el mundo entero, pueden ser víctimas de una invasión despiadada y feroz de gentes de otro espacio, de los que ya tenemos aquí algunos...! ¡Y a ver, al final, quién es el que queda en ridículo!

—Vamos, muchacho, cálmate y trata de olvidar que... — empezó Watkins con acento suave. Pero Bill Kenton cerró la puerta antes de que terminara, y el «Sheriff» dejó de hablar, añadiendo sin expresión, la vista fija en la puerta—: ¡Estúpido!...

Bill respiró con fuerza el aíre de la noche, plantado en mitad de la acera. Miró en torno suyo a la desierta calle. No era una zona muy frecuentada aquella. En cambio, la Calle Mayor aparecía repleta de público ahora. Había luces, animación. Por la carretera de San Bernardino, cruzaban frecuentemente los coches. Todo normal, como decía Watkins... ¡Una normalidad que se terminaría el día que llegaran ellos, con su terrible poder de destrucción! Y sus primeros exploradores estaban ya allí sin duda...

Sentíase defraudado, furioso. Había confiado en convencer a Watkins, no pensando nunca en que el viejo representante de la Ley

se mostrara tan obstinado. Ahora, tras este primer fracaso, imaginaba lo que resultaría de una charla con Nelson. El fiscal también sería de su mismo criterio. Estaba solo. Solo contra todos, excepto en lo poco que pudieran ayudarle su hermano, Jane, Stephen Harrick y la buena de Lena. ¿Sería eso suficiente para convencer a una ciudad, a un Estado, a una nación entera? Mucho se temía él que no...

Echó a andar lenta, pensativamente. Tal vez debiera de haber enfocado las cosas de un modo más diplomático. Pedirle cierto margen de confianza a Watkins, cooperar con él sin estridencias, hasta que hubiese una prueba tangible. Y tratar después de ver Nelson, y utilizar términos similares, saber- si aún conservaba aquel líquido blanco, y persuadirle para que lo hiciera analizar con la máxima urgencia.

Sí, eso era mejor. Dio media vuelta sobre sus talones, regresó hasta la puerta de la oficina, y la abrió suavemente. Esta vez no hizo el menor ruido, y entró en la estancia, disponiéndose a pedir disculpas a Watkins.

La silla del «sheriff» estaba sola, y no se veía rastro de Watkins por parte, alguna. Bill, con el pomo de la puerta en la mano, vaciló un momento. Evidentemente, estaría dentro, ya que no había tenido tiempo de salir. Se dispuso a esperar, cerrando la puerta con la misma suavidad que la abriera.

Se disponía a sentarse en un largo banco de madera situado bajo una hilera de pasquines de recompensa y búsquedas, cuando percibió un vago rumor de voces tras la puerta de madera del fondo.

Se aproximó allí, para llamar a Watkins y pedir hablar con él. La puerta estaba entornada tan solo, y las voces se filtraron hasta él. Era Watkins quien hablaba:

—...Y hemos de hacer algo decisivo. Bill Kenton es un peligro. Sabe demasiado.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Qué quería decir Watkins al hablar de él con tales palabras y de aquel mono cono, inexpresivo modo?

La voz que respondió causó en Bill una más profunda y electrizante impresión:

—Creo que tiene razón. Si ha llamado al «Medical Center», es que acaso sospecha algo. Después de todo, él nos ha visto transformarnos, casi ante sus propios ojos. Si llegara a saber lo que somos ahora en realidad, sería un adversario muy peligroso.

Watkins respondió con un murmullo inaudible. Bill, sintiendo su piel bañada en un sudor helado, se apoyó en la pared, vacilando. «Él nos ha visto transformarnos... Si llegara a saber lo que somos ahora en realidad...»

¡Y era el fiscal Nelson quien hablaba!

El horror espeluznante, asombroso, se abrió paso en su mente. La actitud de ambos, su tono igual e indiferente, la actitud extraña de Nelson, al no dar a analizar lo que sin duda era la sangre del monstruo... ¡todo cobraba ahora una significación especial y terrible!

Porque Watkins, Nelson... tal vez docenas, cientos, miles de personas más en Big Bear, en California, en los Estados Unidos, en el mundo entero... ¡eran de ellos!

Por una razón que Bill no alcanzaba a ver, se había transformado en otros seres, en aparentes figuras humanas, movidas por los monstruos de otros espacios...

Y él, únicamente él, entre millones de seres, había sido escogido por la Providencia para saber, para advertir del gran peligro a sus semejantes...

¿Pero le escucharía alguien? ¿Podría luchar contra aquel alucinante cerco que se apretaba en torno suyo? Y, sobre todo, ¿convencería a alguien de que aquella normalidad aquella aparente calma y aquel ritmo habitual en la vida de las ciudades, los pueblos y los campos, era ya una ficción, una gran farsa, utilizada por seres de dotes supernaturales para llevar a cabo sus siniestros y horribles propósitos de dominio de todo un mundo, de toda una Humanidad?

Bill Kenton retrocedió lentamente, mientras otros fragmentos de conversación le llegaban, en las voces de Watkins y de Nelson, extrañamente mecánicas y frías:

—...Hay que capturarle, Nelson. Convertirle en uno de nosotros, para que jamás hable ni intente revelar la verdad...

—...El Gran Controlador ha ordenado que nos extendamos por todas partes. Nosotros, que tenemos la dicha inmensa de ser ahora sus Criaturas, Watkins, y vivir en su mundo sin dolor ni angustias, tenemos la obligación, la necesidad de apresar a Bill Kenton. ¡Bill Kenton tiene que ser uno más en el nuevo mundo!

¡El Nuevo Mundo! Era horrible oír hablar de eso a seres sin alma ni sensibilidad, como parecía ser la forma de vida ideal para aquellas criaturas y su Gran Controlador, quienquiera que éste fuese...

Bill ya no pensaba en sí mismo. De nuevo su mente volvió a Jane. La dulce, bella y sensible Jane... a quien pronto convertirían en una autómata más, en otra marioneta grotesca, de humana envoltura y cerebro de... de criatura interplanetaria.

Logró alcanzar la puerta de la oficina sin hacer ruido. Sus dedos, sudorosos y fríos, aferraron el pomo de la puerta, lo giraron lenta, suavemente, para tirar después de la vidriera opaca, con la estrella dorada y el rótulo de «sheriff». Todo eso, ahora, ya no significaba nada.

Pisó el umbral, para salir a la calle, a la libertad, siquiera fuese momentánea, para escapar al cerco de pesadilla que pretendían cerrar sobre él.

Sufrió un brusco, espantoso sobresalto, al encontrarse con un hombre ante sí. Dio un respingo, contuvo un grito con gran esfuerzo... y reconoció entonces al pelirrojo, afable Stephen Harrick, su compañero de tanto tiempo en Pamdale Ranch. Respiró fuerte.

Le cogió por un brazo.

—¡Vamos, Stephen, pronto! — susurró, con voz apenas audible—. Esto es una trampa, una horrible y espantosa trampa que no podrás imaginar nunca. ¡Vamos, tenemos que alejarnos cuanto antes de Watkins, de Nelson y de todo este corrompido círculo de monstruos!

Se dispuso a salir a la acera, amplia y desierta. Pero Stephen Harrick hizo entonces algo sorprendente, inesperado. Le cerró totalmente el paso, alzando sus manos, muy abiertas, y con las palmas de un fuerte tono azulado mirando hacia él. Habló, con tono monocorde, impersonal y frío:

—No, Bill Kenton. El Gran Controlador ha ordenado que te capturemos. No puedes huir porque sabes la verdad sobre nosotros. ¿Por qué crees, si no, que vine contigo hasta la ciudad? Había que vigilarte... y darte caza.

—¡Harrick, tú...!—lívido, Bill retrocedió un paso—. ¡Oh, no!

—Y te advierto que no debes huir. Un simple roce con la palma de mi mano, significa la muerte,

Kenton. La muerte implacable, tal como la sufrió el comisario Scott...

A espaldas de Bill se abrió la puerta de la otra oficina, y Watkins y Nelson aparecieron allí, mirándole sin sorpresa ni emoción. Sus labios sonreían cruelmente.

Kenton, acorralado, sintiendo correr el helado sudor por su rostro y gotear sobre su camisa y su chaqueta, buscó afanosamente las manos de Nelson y Watkins.

Ambas mostraban sus palmas de un tono azul, metálico.

Fue Nelson quien habló, impersonalmente también:

—Gracias, Harrick. Has cumplido una misión que el Gran Controlador sabrá tener en cuenta. Kenton, no trates de resistir. Sería la muerte inmediata para ti.

—Y el entregarme... ¿qué es? — pidió roncamente Bill, mirándoles con furia impotente.

—La vida, Bill — dijo suave, gélidamente, el «sheriff» Watkins —. Una vida nueva y maravillosa, que tú desconoces. Paz, paz eterna, sin angustias, sentimientos ni zozobras. Venimos de un mundo diferente a

éste, Kenton. Un mundo donde no se conoce el odio, el amor, las alegrías y las tristezas. Matemáticamente perfecto y justo. Queremos hacer de este mundo uno a semejanza de nuestro distante y moribundo planeta. Pero la gente no tiene por qué saberlo. No lo entendería tampoco. Cada cual se cree feliz en su esfera y su medio, sin saber cuál es la verdadera, la perfecta felicidad del ser viviente. Sin sensibilidad, sin espíritu ni corazón, Kenton, se vive eternamente feliz, eternamente joven... ¡Se uno de los nuestros, muchacho, y tu estado será perfecto y eterno!

—¡No!—aulló Bill. Quiso ir hacia la puerta de la oficina, pero ya la había cerrado Harrick, y tendía hacia él unas manos azuladas, ominosas. Retrocedió, acorralado—. ¡No quiero la vida, ni la paz ni la felicidad vuestras! ¡No quiero ser un autómata durante siglos y siglos, no quiero morir en vida, entregar lo más bello y digno del ser, a vuestro odioso y abominable sistema! ¡No lograréis hacer de mí un monstruo más! ¡No podréis, no podréis...!

—¿No?—Nelson rio entre dientes. Se movió hacia la mesa despacho de, Watkins y, de repente, alzó su mano sobre ella, la aplastó, como abofeteando la madera. En el acto, un fulgor azul, ardiente, que elevó la temperatura de la estancia, inundó la mesa. Un humo acre subió del punto golpeado. Cuando Nelson se apartó, la mesa era un montón informe, espeluznante, de maderos abrasados y negruzcos—. ¿Ves esto, Kenton? Será la suerte que correrás aquí dentro... si no accedes a la transformación. No vamos a hacerte daño. Un simple injerto en tu sangre... y serás uno de nosotros. Sólo eso, amigo...

Bill se pasó una mano por el rostro. No quería tampoco morir. Pero la operación anunciada por Nelson era la muerte, bien lo sabía él... La muerte de todo lo humano, de todo lo espiritual y sensible de su ser.

Sin embargo, aún podía intentar algo, luchar de algún modo. Y dejarse abrasar por la asombrosa fuerza de aquellos seres, era perder definitivamente toda esperanza.

—Está bien — jadeó— Vamos allá. Estoy dispuesto...

Se miraron los tres hombres. Sin emoción ni júbilo. Ni siquiera eso eran capaces de sentir aunque una victoria definitiva. Eran marionetas movidas por hilos invisibles. Y en alguna parte, el Gran Controlador dirigía sus actos...

—Vamos abajo., Kenton — dijo suavemente Watkins—. Estaremos solos, y te podremos referir lo que desees conocer, antes de... la transformación.

Les siguió dócilmente. Watkins tenía una planta inferior, bajo el nivel de la calle, donde se extendían las celdas para los presos por embriaguez y otros delitos menores. Allí, bajo la cruda luz de una

lámpara colgada del techo, había una mesa con unas llaves y en el muro una hilera de rifles sujetos por una banda de metal.

Bill recordó entonces que había dejado su rifle en el automóvil. Pero, en cambio, el revólver continuaba en el bolsillo de su americana. Si lograra no pensar en ello, alejar las ideas de tal cosa... Aquellos seres podían ser telépatas también.

—Siéntate, Kenton — dijo Nelson, indicando una silla junto a la mesa—. Acabaremos en seguida, y sin dolor alguno...

Se aparcó a un lado el fiscal, y extrajo un afilado cuchillito de bolsillo, con el que se dispuso a abrirse una vena del brazo. Entre tanto, Watkins le sirvió una aguja hipodérmica y un tubo de inyecciones, con su émbolo. Bill les miró fascinado. Y de pronto alzó una mano.

—¡Un momento!—pidió—. Antes... antes de ser uno de... de vosotros, quiero saber...

—¿Qué es lo que deseas conocer, Kenton?—preguntó Watkins—. Cualquiera de nosotros puede informarte de lo que preguntes.

—¿De dónde habéis llegado?

—De un lejano planeta en estado agónico — refirió lentamente Harrick—. Un mundo que ya no puede sostenernos en su superficie. Nuestra raza se ha ido metalizando, a medida que desaparecían los vegetales y las plantas, y se agotaba el líquido parecido al agua que cubría parte de nuestro mundo. Tenemos que emigrar, antes de transformarnos en mineral absoluto e inerte, lo cual sucederá dentro de cinco siglos lo más tarde. Para entonces, esperamos haber ocupado toda la Tierra. Sin sangre ni luchas. No nos gusta matar, pero, si nos obligan, lo hacemos.

—¿Y los vehículos empleados en llegar a nuestro mundo?

—Lo que vosotros habéis llamado durante años y años «platillos volantes», con despectiva burla. Os hemos vigilado, hemos comprobado que la vida aquí era más factible que en Marte, Venus o Mercurio, por ejemplo. Y antes de emigrar a otros sistemas solares, pensamos en establecernos aquí definitivamente.

—¿La... la forma original es... la que yo vi en aquel «platillo» en la cañada?

—No—-sonrió Nelson—. No somos tan horribles. Aunque tampoco tenemos esa forma parecida a los humanoides. En cambio, poseemos la facultad de transformar nuestra materia y alterarla, a semejanza de quienes veamos. Después, cada gota, cada átomo de nuestra sangre, en cuanto se filtre en la de un ser humano, absorba totalmente la sangre y tejidos de éste, transformándolo en uno más de nosotros. Pero también pueden transformarse directamente los que son nativos de nuestro mundo, como en el caso del Gran Controlador.

—¡El Gran Controlador!—Bill abrió mucho los ojos—. ¡Ese era el monstruo de la cañada!

—Exacto — sonrió a su vez Walkins—. ¡trae la misión de iniciar las invasiones de la Tierra progresiva y lentamente. Nadie tiene que advertir nada. Todo seguirá normal. Pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, país por país, continente por continente, irán cayendo en nuestro poder sin sangre, sin lucha. La paz no se alterará.

—¡Y dentro de unos siglos cientos de millones de autómatas ocuparán el mundo!

—Eso es. Autómatas físicos, al servicio de mentes superiores. Todo perfecto y mejor, Kenton. Al Gran Controlador le llevó tiempo irse transformando conforme a los seres que, veía. Hoy es uno de nosotros, y nadie le podría diferenciar de los demás.

—Dios mío... — Kenton, lívido y estremecido, ocultó el rostro entre sus manos—. ¿Y cómo pudisteis vosotros convertiros...? ¿Y la muerte del doctor Binkel?...

—Binkel tenía que morir, porque había visto la verdad y podía revelarla, correr la voz de alarma. Ya hay otros de los nuestros por la región. Uno de ellos le encontró, detuvo su coche y pidió ir a la ciudad. Bastó tocarle, para destruir su vida. En cuanto a nosotros, recuerda el tubo con la sangre— era Nelson quien hablaba—. Yo lo extraje, para examinarlo, antes de irlo a entregar al laboratorio.

Entonces tuve la gran dicha de que se quebrara el cristal, y me cortasen los vidrios. La sangre blanca penetró en la mía... Watkins quiso ayudarme, y algo me obligó a cortarle a él como por azar. Entonces no podía saber que ya la fuerza del Gran Controlador estaba en mí. Watkins fue otro de los nuestros. Kenton, te aseguro que serás feliz como jamás soñaste... a partir de ahora.

Bill Kenton, horrorizado, pretendió ponerse en pie, huir. Pero Harrick y Watkins le vigilaban, estaban junto a él, en alto sus manos azuladas.

Bill Kenton supo entonces que todo estaba ya perdido. Para él, para su hermano Larry, para Jane... para el mundo entero.

CAPÍTULO VIII
ANTES Y DESPUÉS DEL PRÓLOGO



ARRY se apartó, bañado en sudor, de la mesa de trabajo. Clavó sus ojos en el reloj. Eran exactamente las siete.

Contempló el vaso de blanco líquido que había obtenido. Aún burbujeaba su superficie. Pasó una mano por su frente, y observó el tono azulado de su palma. Se miró la otra, descubriendo igual signo. Le acosó de nuevo el dolor de la nuca, y se frotó con desesperación.

—El antídoto... — musitó—. El antídoto... contra ellos. ¡O yo mismo voy a ser uno más, dentro de unos momentos!

Era tarde para tomar aquello. Tal vez no lograra vencer al enemigo filtrado en sus venas. Y no podía correr ese riesgo, perder un tiempo precioso en intentarlo. Era mejor dar la fórmula a los demás, a Bill y otros que podrían utilizarla contra los enemigos. No sería un arma, pero sí un poderoso recurso.

Tomó papel y pluma. Le temblaba el pulso. Sin embargo, logró ponerse a escribir, dominando sus escalofríos. Comenzó:

«Tengo que referir ahora la verdad, la espantosa verdad, antes de que sea demasiado tarde. Antes de que mi boca, muda para el resto del mundo, aún siga pronunciando palabras, en apariencia iguales a las que digo normalmente...»

* * *

Y esa carta, la fórmula, el líquido, estaban ya destruidos.

No quedaba nada de la última obra de Larry Kenton.

Cuando Lena terminó de recoger el aparente charco de leche derramada, miró a su patrón con ojos risueños.

—Ya está, señor Kenton — dijo con su acento sureño de siempre

—. ¿Algo más?

—No, Lena, gracias—Larry Kenton miraba fija, fríamente, a la negra criada. Sus ojos opacos, sin vida, se fijaron en sus dedos color ébano—. Te has cortado, Lena. Veo ahí un roce en tu dedo...

—Habrá sido con los cristales, señor Kenton —dijo ella—. No tiene importancia...

—Espera — dijo inexpresivamente Larry. Extendió la mano, tomando un paño. Rozó la placa de vidrio sobre la que antes había extendido él los corpúsculos de blanca sangre en busca del antídoto. Después, aquel paño tocó la punta del dedo de Lena, enjugando su sangre. Larry sonrió, apartándose—. Ya está, Lena. Es mucho mejor así...

—Gracias, señor Kenton — dijo la negra, dirigiéndose a la salida —. Si necesita algo más, puede llamarme. Pero creo que no debería estar tanto tiempo solo. Es malo para la salud. No trabaje tanto, créame.

—Procuraré hacerte caso — dijo el hombre que para todos seguía siendo Larry Kenton.

Lena cerró suavemente tras de sí. Camino del edificio central, sintió una punzada en el dedo, y se miró el corte, preocupada. Descubrió que tenía un tono azulado, y frunció el ceño. Pero ya no le dolía, y encogiéndose de hombros, entró en la casa.

Se abrió poco después la puerta del anexo. Larry Kenton, igual a como todos le conocían, apareció, caminando con lentitud.

Su mirada se clavó en la distancia. Una silueta familiar aparecía, recortándose contra el cielo nuboso, de enrojecido matiz. Regresaba Jane Owens de la cañada, a lomos de su montura.

Una expresión fría e implacable tensó los músculos de Larry Kenton. Avanzó hacia el porche, esperando la llegada de Jane. En su mente nueva, en su cerebro adaptado a la coordinación única del Gran Controlador, una orden brotó, súbita e inmediata.. Una orden que el nuevo Larry Kenton, hombre sin voluntad ni espíritu, acataba:

—Jane Owens ha de ser nuestra. Pero no convertida en una más de nosotros. Jane Owens es la elegida para ser llevada a nuestro planeta, en la nave que traerá los nuevos seres a la Tierra. Allí, su cerebro de mujer terrestre será desmenuzado, estudiado y analizado hasta su más íntima fibra. De ese modo, los secretos del ser humano y de sus mentes serán del dominio de nuestra raza. Y el triunfo en la Tierra será seguro.

Larry Kenton sabía lo que tenía que hacer: capturar a Jane Owens. Capturarla viva, sin introducir en sus venas la sangre viva de la super-raza.

Alzó los ojos sin expresión hacia los cielos amenazadores, nubosos y cárdenos que precedían al temporal. En la distancia, una estela de luz azul se fue agrandando, camino de la Tierra. Perforó las nubes y descendió vertiginosamente sobre la superficie terrestre.

Un enorme, colosal disco de materia transparente y azul, que alteró las agujas imantadas de todas las brújulas y convirtió la zona en un terrible campo magnético, se acercó veloz hacia las llanuras arcillosas del Mojave...

Jane Owens, alarmada ante la visión celeste, que inquietó a su caballo, haciéndola galopar con mayor celeridad, se inclinó sobre el cuello del animal, espoleándole.

Cuando alcanzó el porche de Palmdale Ranch, salió ágilmente a tierra, con una expresión de terror en su semblante, pálido. En los cielos retumbó el trueno, pavoroso y prolongado, que se perdió en lejanos ecos.

Al mismo tiempo, el cuerpo luminoso azul silbó agudamente sobre sus cabezas, para ir a posarse suavemente sobre el desierto, frente al puesto meteorológico.

—¡Dios mío! —gritó Jane, estremecida por el terror—. ¡Ya están aquí!...

Volvió el rostro, descubriendo a Larry, inmóvil en el porche de la casa. Respiro hondo, y echó a correr hacia él.

—¡Larry, Larry, loado sea Dios!—clamó, angustiada—. ¡Mira eso! ¡Ellos están llegando, empiezan a invadir nuestro mundo! ¡Larry, por Dios, huyamos, huyamos de ellos!

Larry la acogió entre sus brazos, con una sonrisa dura, fría, lejana. Habló, sin que su voz expresara la menor emoción, como eco de una mente superior:

—No, Jane, no vamos a huir. «Ellos» son la paz, el bienestar y la vida eterna... Esperémosles tranquilamente, Jane...

Jane alzó unos ojos desorbitados, cuajados de terror, de angustia y desesperación. Vio el rostro pétreo de Larry, su mirada extraña, ajena. Y comprendió. ..

Comprendió y quiso huir. Pero era demasiado tarde. Los fuertes brazos de Larry Kenton se cerraron en torno suyo.

Allí, en el desierto, frente a ellos, el gigantesco plato volador brillaba con una gélida, despiadada luz azul. En torno suyo, ardían los hierbajos y brotes de artemisa...

CAPÍTULO IX
EL FIN


ELSON, acercando la aguja a su piel, musitó:

—Vamos, Kenton, no resistas...

Centelleó el rayo en las alturas. Un fragor formidable sacudió todo el edificio y subsuelo de las oficinas del «sheriff» en Big Bear City.

Simultáneamente, sucedieron dos cosas providenciales, milagrosas. La lluvia comenzó a golpear estrepitosamente los cristales enrejados de la prisión subterránea. Y la luz eléctrica se extinguió.

La oscuridad hizo lanzar un juramento a Nelson, cuya aguja se proyectó hacia adelante, para hincarse en la carne del brazo de Bill Kenton. Solo que en vez de la piel encontró la madera de la silla y se quebró sobre ésta, derramándose el líquido gorgoteando siniestramente.

—¡Cuidado! — aulló la voz sorda de Watkins—. ¡Intentará escapar...!

Manos azuladas, luminosas en la oscuridad, se alzaron contra la figura de Kenton. Pero Bill acababa de aprovechar la única, la gran oportunidad de aquel momento, en que la propia mano del Altísimo

parecía haber descendido sobre Big Bear, para ayudar a sus criaturas a defenderse del horror que les acosaba.

Bill corrió por la sala en tinieblas como una centella. No iba a entregarse más. Moriría, si era preciso, pero nadie le inyectaría aquel horror viviente y sin alma.

Se encontró con unas fantasmales manos magnéticas, que descendían sobre él, mortíferas. Eran las da Harrick. Bill lamentó tener que hacer aquello. Pero no había otro remedio. Su mano derecha esgrimía ya el revólver, amartillado. Y una lógica intuitiva y natural le dijo que si los superhombres utilizaban envolturas humanas, por mucha que fuera su perfección, estarían sometidos a las limitaciones propias de su cuerpo.

Disparó sobre las manos, a cosa de unos diez centímetros por encima. El chasquido de la bala, al alcanzar los huesos de, la cabeza de Stephen Harrick, fue espeluznante. El grito de Harrick fue humano, las manos luminosas se alzaron, asiendo algo, y un horrible gorgoteo demostró que la sangre, blanca o roja, fluía con igual copiosidad mortífera cuando un proyectil alcanzaba el punto vital de un ser, humano o no.

—¡Ha matado a Harrick! —aulló Nelson—, ¡Cuidado, que no salga de aquí...!

Watkins, evidentemente, se lanzó hacia donde estaba Bill, pero ya éste corría escaleras arriba, tanteando en la oscuridad. Vio a la luz cárdena de un nuevo relámpago que penetró por la ventana, la puerta sólida cerrada ante él. Detrás suyo, como ñeras, acudían ya Watkins y Nelson.

Era una cacería despiadada, a vida o muerte. Kenton disparó sobre la puerta dos balas. Saltó la cerradura, y Bill empujó a tiempo la hoja de madera, saltando al exterior. La luz volvió súbitamente a lucir, cuando atravesaba la oficina, y de un brinco agilísimo se encontró a la puerta de la misma, saliendo al porche. Detrás, obstinados, sus dos enemigos no perdían terreno.

Nada más saltar a la acera, se vio frente al guardia William, en su ronda habitual. Frenético, Bill le hizo señas de petición de auxilio. Curiosamente, acudió Williams.

—¡Por el amor de Dios, Williams, ocurre algo espantoso! ¡Tiene que ayudarme...!

—Vamos, señor Kenton, cálmese — dijo el policía —. Debe de tener calma. Si el «Sheriff» y el fiscal quieren retenerle, es por su bien. Esta vida es maravillosa y...

—¡Usted también, Williams!—sintiendo erizarse los cabellos de su nuca, retrocedió Bill ante el rostro sin expresión del agente amigo, del policía a quien conociera durante años.

Desesperado, sin atender a los ademanes de las manos azuladas de Williams, echó a correr a través de la calle, en dirección a la concurrida Calle Mayor. Sus pies volaban, jamás había puesto tal afán en una carrera. Sus largas piernas flexibles y musculosas luchaban al máximo, devoraban la distancia. Ahora, detrás suyo eran Watkins, Nelson y el policía los que corrían dando voces de alarma. Cualquier ciudadano le detendría, suponiéndole un delincuente habitual.

Angustiado, saltó a la misma Main Street. Una pareja joven se volvió, descubriendo a los que perseguían a Bill, y rápidamente se cruzó el hombre ante éste, para apresarlo. Vivamente, Kenton le derrumbó de un demoledor directo a la mandíbula. La mujer gritó, y varios transeúntes más se lanzaron en su seguimiento.

Bill penetró en su coche como una exhalación. Un hombretón alto y moreno asomó las manazas por la ventanilla para apresarle. Bill le soltó un culatazo tan terrible en una muñeca, que el hombre reculó, aullando de dolor.

Apretó el acelerador a fondo.

La lluvia estaba cayendo ahora con torrencial ímpetu, y, bajo las gomas, el asfalto era una pista húmeda, peligrosísima. Pero al hombre, desesperado y suicida aferrado al volante, aquello apenas si le preocupaba.

Las millas volaban en el contador, las gomas chirriaban en las curvas, y detrás de él la sirena del coche-patrulla no lograba aproximarse a él.

Redujo la marcha del coche lo más posible, frenándolo casi en una curva. Aquello le salvó la vida, porque de pronto ladró un rifle, y sintió el impacto de la bala contra un neumático de su coche, del que empezó a escapar el aire inmediatamente con sibilante estruendo.

En cambio, el coche-patrulla, sin reducir su marcha diabólica, se venía ya encima.

Bill, totalmente dueño de sus nervios en el terrible dilema, saltó a la carretera y esperó a pie firme. La luz de los faros le deslumbraba, y centelleaban ambos en el negro asfalto charolado, a medida que se precipitaba sobre él. Alzó el revólver. Disparó.

El coche dio un respingo trágico, volcó aparatosamente de costado, con una llamarada, y figuras de azulado contorno se estremecieron dentro del coche, pugnando por huir a la cárcel llameante que sería en breve el vehículo.

Después, sin tiempo material a que Nelson o Watkins pudieran salir de él, el automóvil volcó de costado, en una segunda vuelta, que le precipitó por un terraplén abrupto y casi vertical.

En el fondo sonó con terrible estruendo el estallido de su motor. Reinó después el silencio.

Calado por la copiosa lluvia, con los cabellos adheridos a su rostro, goteando agua, Bill Kenton permaneció en mitad de la carretera, revólver en mano, preguntándose cómo podría llegar ahora a Palmdale Ranch.

Irguió la cabeza, bruscamente crispado. Sus ojos se clavaron en la distancia, por donde asomaban unas luces redondas, brillantes; inconfundibles. Sobre la cabeza de Kenton volvió a fulgurar el rayo, una luz cárdena lo invadió todo, y el fragor del trueno retumbó en las alturas, halló eco en las extensiones áridas del Mojave...

¡Un automóvil! Se paró en la carretera, hizo frenéticas señas para que se detuviera. El coche lo hizo, con brusco chirrido de frenos, a escasa distancia de Bill. Éste corrió al estribo, asomó... y un suspiro de alivio escapó de sus labios.

—¡Stacy, tú! — clamó, entusiasmado.

—¡Pero, Bill! ¿Qué haces tú por aquí? — farfulló Stacy Abbott. Se volvió a su acompañante, añadiendo—: Eh, Connie, ¿sabes quién es? ¡Bill Kenton, en persona!

—Hola, Bill — saludó la voz inconfundible de Connie—. Vamos, sube, muchacho.

—Gracias, Connie. Dios os ha puesto en mi camino sin duda. Si supierais... ¡Es horrible lo que está sucediendo! Vamos, llevadme hasta el rancho, por favor. Es muy urgente que llegue allí. Cuestión de vida o muerte...—corrió a por su rifle. Se sentía seguro con él, sabiendo que servía contra los despiadados enemigos. Saltó al coche de Stacy, y éste puso en marcha el automóvil a toda velocidad—. ¡Vamos ya, aprisa!

—¡Mira, Stacy!—dijo de pronto la señora Abbott, señalando hacia adelante, a través del parabrisas chorreante de lluvia—. ¡Ya están ahí!

Bill miró hacia adelante. Se le heló la sangre en las venas al descubrir el fulgor azul, intensísimo, en pleno desierto.

Vivamente, giró la cabeza hacia los Abbott, y preguntó:

—¿Quiénes están ahí, Connie?

—Los nuestros, Bill — dijo suave, inexpresivamente Stacy Abbott —. Eso indica que el final se aproxima...

Todo el horror de la revelación sacudió a Bill de pies a cabeza. ¡También Stacy, Connie...! ¡Todos sus mejores amigos, todos los seres con quienes había convivido durante años enteros de buena vecindad....! ¡Eran subproductos inhumanos, con envoltura de personas normales!

Y Abbott apretaba más y más el acelerador, devorando la carretera con sonrisa siniestra y mirada glacial, inexpresiva.

—No puedes escapar, Bill — dijo sordamente—. No lo intentes

más. Ahí... ¿qué esperas encontrar? ¿A tu Jane, a Larry o a Lena tal vez? Desengáñate, también son corno nosotros. Todos lo serán pronto...

—¡No! ¡No! ¡Jane no! ¡No es posible! Ni Larry... Sería... espantoso, alucinante...—-veía fija en él la mirada helada, dura y sin humanidad, de Connie Abbott, la que fuera alegre, dulce y simpática Connie. Odió a aquella contrafigura como jamás pudo haber odiado a ninguna otra. Porque ¿qué otra cosa eran aquellos simples espectros, dentro de los cuales nada de los auténticos Abbott quedaba ya? Ni sangre, ni alma, ni cerebro... Se aferró la cabeza con las manos, musitando.—: ¡Dios mío... Dios mío...!

Y allí delante, frente a la casa, una luz azul enorme... ¡Tal vez un gigantesco disco volador con miles, millones de nuevos seres, dispuestos en perfectas legiones para la invasión total de la Tierra!

El automóvil penetró a fantástica velocidad en la planicie arcillosa de Palmdale Ranch.

La escena, grandiosa y terrible a la vez, provocó en Bill un escalofrío de horror.

—No...— musitó—. Jamás pensé... que pudieran ser tantos... tantos...

El enorme disco volador, azul y transparente, esperaba allí, inmóvil, fulgurante. En torno suyo, la tierra mostraba huellas de quemaduras en un círculo inmenso.

Y por un lado, hileras de seres humanos, de granjeros, ganaderos, agricultores, personas de toda laya y condición, erguidas las figuras, rígidos los cuellos y perdida la vista en el vacío, iban entrando por una gran puerta del disco volador, desapareciendo en su interior, como un ordenado ejército de robots. Robots de carne y hueso... con destino a un mundo remoto e ignorado...

Por otra puerta, que empezaba a abrirse, surgirían ahora los superseres de más allá de los espacios, las hordas invasoras de un planeta sin nombre. La puerta se estaba abriendo en el cuerpo transparente, y azul.

Bill saltó vivamente a tierra, dando un violento empellón a la portezuela, para irse a encontrar frente a una hilera amenazadora de personajes. Gritó, alucinado, al reconocerlos. Eran todos idénticos de gesto, de mirada vaga y sin luz, de fría hostilidad. ¡Larry, su propio hermano, Lena, la criada de color... y Jane Owens también!

—¡Dios mío, no! ¡Nooo!...— aulló Bill, abalanzándose sobre Jane, a quien zarandeó con energía, sin que ella acusara emoción alguna—. ¡Jane, Jane, mi vida, mi amor...! ¡Tú no puedes... no puedes ser una de ellos!

Jane no respondía, no se inmutaba. Lenta, muy lentamente, bajó

después la mirada hacia Bill, le miró fija, largamente, y rio de forma aguda entre dientes. Una risa extraña, una risa que ella jamás tuvo:

—No, Bill Kenton, creo que sufres un error. Yo no soy Jane Owens. Yo soy la criatura que hallaste en la cañada, la misma que escapó de tu gabinete...

Yo soy el Gran Controlador... con la apariencia física de Jane. ¡Mira a tu amada Jane Owens!

La mano de la falsa Jane se alzó en derechura hacia el disco volador. Bill se estremeció, incrédulamente, levantando la vista. Jane estaba llegando a la puerta de la nave. Con la cabeza baja, a diferencia de los demás.

Un grito potente, incontenible, que sobrepasó los ecos de un trueno lejano, brotó de la garganta de Bill. Alcanzó a Jane:

—¡Jane, Jane, mi vida! ¡No entres, no entres ahí jamás...! ¡Resiste, lucha, Jane!

Jane Owens, entonces, se detuvo, giró sobre sí misma, mirando con estupor a Bill. Luego, cientos de manos se dirigieron a ella, señalándole la puerta del disco. Era una escena alucinante, de pesadilla, increíble en su horripilante grandiosidad, como una imagen colosal del infierno de Dante...

Y Jane desoyó las órdenes, rechazó los brazos acusatorios. De su garganta brotó un grito:

—¡Bill! ¡Bill, no te han transformado! ¡Eres tú... eres tú...!

Echó a correr hacía él. Eludió varios contactos de los autómatas viajeros. Corrió como una exhalación hacia Bill Kenton, a través del desierto batido por la caudalosa lluvia.

—¡Ya está bien!—dijo fríamente la contrafigura de Jane—. ¡Vamos, Bill Kenton, has gozado de tu última gracia como humano! Ahora serás uno de nosotros!

—¡No!—el rugido de rebeldía, de desafío a todo y a todos, escapó como un grito animal de la garganta de Bill Kenton—, ¡Jamás!

Se echó atrás. Su propio hermano Larry, a quien miró con dolor y a la vez con odio terrible, por saber que de Larry ya no quedaba nada en aquella envoltura, se movió con los demás, cercándole. Stacy, Connie, Lena, la falsa Jane, cuya apariencia había adoptado el Gran Controlador en persona...

Bill aún conservaba una bala en su revolver. No vaciló. Lo alzó con desesperada cólera, cuando ya una mano, la de Stacy, le venía encima... ¡Y le golpeaba en el rostro!

Pero no ocurrió nada. Nada en absoluto. Ante el estupor de todos, incluso de Bill, del Controlador, de todos aquellos seres, el contacto de la mortífera mano no causó daño a Bill. Ni tampoco descubrió el rastro

azulado en las manos de sus adversarios...

Sin pararse a pensar en el extraño fenómeno que estaba teniendo lugar, y que parecía contrariar y desconcertar en primer lugar al propio Controlador de los invasores, Bill aprovechó la coyuntura.

El Gran Controlador adivinó sus propósitos. Gritó, con la misma voz de Jane, a la vez que se cubría el rostro y la frente con las manos. Pero la bala de Bill Kenton iba directamente lanzada hacia el punto que dejaban sus dedos al descubierto: por encima del ojo derecho y la ceja. Hizo fuego.

El aullido del Controlador fue espeluznante. Un chorro de blanca sangre y de azulada masa encefálica, escapó por entre sus dedos, a la vez que se retorcía su cuerpo, en los estertores de la rápida agonía.

Y entonces, como una maldición de los cielos, como un castigo de Dios a los seres perversos que pretendían burlar las leyes de la Creación, un fulgor vivísimo, cegador, brotó de las nubes.

El rayo, atraído por el magnetismo colosal de la gigantesca nave de los espacios, se abatió sobre el gran disco azul. Una explosión alucinante, ensordecedora, sacudió los ámbitos de la región, lo conmovió todo con su luz cegadora y su ruido pavoroso...

La gran hecatombe fue como el Apocalipsis en aquel escenario inmenso elegido por la Naturaleza para marcar el epílogo de la alucinante aventura, porque a la explosión del rayo, un rayo demoledor por la misma virulencia con que había sido atraído por la gran masa metálica y magnética, siguió un silencio impresionante, terrible, sólo salpicado por los gemidos de los seres calcinados, que se retorcían a las puertas de la nave, en un final angustioso e impresionante.

Jane, la verdadera Jane, tropezó y cayó, aturdida por el impacto emocional. Bill Kenton corrió en busca suya rápidamente, alzándola entre sus firmes brazos. Jane, llorando y riendo, se estrechó contra él, balbuceando con frenesí:

—Bill... Bill... Siempre fuiste tú mi elegido… y cuando quise decírtelo, no me fue posible... Ellos me habían prometido tu vida, a cambio de mi rendición sin resistencia. Iban a experimentar conmigo, a estudiar mi cerebro en su mundo...

—¡Canallas!—silabeó roncamente Bill, mirando el horror de aquel orgulloso emisario de otros mundos que ahora se retorcía, derritiéndose, en mitad del desierto, vencido por un rayo que tenía toda la apariencia de ser la flamígera justicia de Dios contra su soberbia y pretendida perfección...

Bill veía claro ahora. La lluvia, el agua, como sencilla pero temible, había desarmado el poder mortífero de los seres metaloides, haciendo penetrar un óxido rápido y destructor en sus arterias. Después, su

propio metal magnético había atraído al rayo... y con él a la destrucción.

Con Jane entre sus brazos, se volvió hacia los únicos supervivientes de la hecatombe estelar: Lena, Larry Kenton, los Abbott... En tierra, el Gran Controlador no era más que un cuerpo retorcido, que empezaba a perder su apariencia humana, para ser lo que en su origen había sido: una masa azul, lívida, informe, retorcida y extraña, muy lejos de las formas de vida terrestres. Como un fluido vivo, del que se había despojado ahora todo hálito de vida, al ser muerto mientras era un ser humano...

Los cuatro autómatas dominados por su nueva voluntad, alzaron los ojos del cadáver del Controlador, hasta fijar los ojos en los dos jóvenes. Seguían siendo cuatro enemigos. Cuatro espantosos y temibles enemigos que recuperarían sus facultades en cuanto aminorase el temporal...

—Bill... ¿qué camino nos queda para terminar con los últimos seres de esa plaga?—-musitó Jane a flor de labio.

—Uno solo, Jane. Doloroso, cruel, terrible si quieres... pero único. Piensa que esos cuatro pobres seres que nos miran ahora, no son los que aparentan ser, no les liga nada con ellos, tal como nosotros les hemos conocido durante años. Lena, mi propio hermano, los Abbott... dejaron de existir cuando penetró en ellos el fluido blanco. Como Watkins, como Nelson...

—¿También ellos, Bill? — se estremeció Jane.

—Sí, también ellos. Pero ellos encontraron ya la muerte en la carretera... — sin vacilar, avanzó hacia el coche de los Abbott. Recuperó su rifle. Lo alzó lenta, dramáticamente, contra los cuatro enemigos.

—Adiós, amigos míos — dijo, con la voz quebrada y el llanto en los ojos—. Adiós para siempre... Pero lo que voy a hacer ahora es vengaros a vosotros, al matar vuestros cuerpos usurpados...

Alzó el rifle. Con un sollozo, Jane se, cubrió el rostro para no mirar. Bill les apuntó a la cabeza y tensó el dedo sobre el gatillo...

Los cuatro seres absorbidos por la materia viva del monstruo invasor, continuaron erguidos, impasibles frente a la muerte cierta. Como cuatro autómatas.

Bill respiró hondo. Su frente, bañada en sudor, se cubrió de arrugas. Bajó bruscamente el arma. Gritó, casi con rabia:

—¡No puedo, no puedo! ¡Dios mío: tengo que hacerlo y me faltan las fuerzas!

Sin mirarle, la voz de Jane sonó como un trallazo, como una llamada de urgencia frente al horror que estaba a punto de alzarse de

nuevo triunfante, gracias a la debilidad del Hombre:

—¡Hazlo, Bill! No son ellos... No es tu hermano, no es la dulce, buena y temerosa Lena... No son los Abbott... Tú sabes que dejaron de serlo cuando esa cosa penetró en ellos. ¡Tienes que hacerlo, Bill!

Sí. Tenía que hacerlo. Aunque Larry estuviera entre ellos. Por encima de todo...

Subió viva, violentamente el rifle. Disparó la primera bala sobre Lena. La segunda sobre Stacy, su buen amigo. La tercera fue para la esposa, Connie. Pero no eran ellos, Jane tenía razón. Eran como envoltorios de seres sin alma ni conciencia.

Quedó únicamente Larry en pie. Erguido, frío, ajeno a todo. Bill movió el cañón del arma en dirección suya. Vaciló, temblándole el pulso.

Pero disparó.

Sin un gemido, su hermano se derrumbó en tierra. El disparo había salido desviado, y no perforó la cabeza de Larry, como en los otros casos anteriores. Bill gritó roncamente. Soltó su rifle, corrió junto a su hermano, que caía de rodillas, con las manos sobre el pecho, del que fluía el mismo líquido blancuzco que derramaban ya los otros tres.

Larry alzó hacia Bill los ojos. Y fueron, en ese brusco, fulgurante momento, los ojos de siempre, los ojos de su hermano, los que clavaron su mirada de inteligencia y de sentimiento en él. Aparecían húmedos, brillantes,

—¡Larry! ¡Larry, no puedo haberte matado yo! — gimió Bill, aterrándole sin temor, sin pensar siquiera en que aquel ser no era su hermano ya, desde que el monstruo tomó posesión de él.

Y la respuesta inesperada, increíble, llegó de los labios trémulos del herido:

—Gracias... hermano... por tratar de salvarme...

—¡Larry! Larry, por el amor de Dios, yo no quería... pero era necesario...

—Sí, Bill— apartó los dedos de su herida, los contempló, con una sonrisa dulce, crispada por el dolor—. Mira: la sangre maldita de nuestros invasores. Pero yo sé cómo atacarla... cómo vencerla... Cuando... cuando me invadió, ya había encontrado el antídoto. Y ya había ingerido parte de él. Es... un poderoso óxido, un fuerte ácido que corroe todo lo metálico. Estaba luchando interiormente... venciéndolo. Y tú, Bill, has conseguido lo que faltaba: abrir esta herida, este boquete, por el que huye el resto de esa sangre viva e inteligente. Pero huye de verdad... porque sabe ya que en mis vísceras, en mis arterias, está su muerte. Yo... yo no podía llegar a ser un monstruo más, porque había logrado absorber una ligera dosis de

mi propio antídoto... en el que he trabajado secretamente durante tantas horas...

—Larry... Yo, yo no sabía...

—No podías saberlo. Pero yo tampoco sabía que mi medicina fuese tan poderosa. Creí que precisaba una gran dosis para aniquilar al invasor, si penetraba en mí. Quise dejarte mi legado póstumo, para que siguieras tú la lucha, pero, momentáneamente, me venció el monstruo. Y ahora, empieza su derrota.

—Larry, te curaremos esa herida, volverás a ser el que eras...— musitó Bill, frenético.

Y vio que Jane estaba a su lado, derramando lágrimas, postrada junto a Larry.

—Claro que sí, Bill — sonrió suave, esperanzadamente Larry, sintiendo un desvanecimiento—. Sé que lo harás. Quisiste matar al monstruo y lo has logrado... pero viviré yo. Gracias una vez más, hermano. Hemos... vencido.

Se desmayó entre los brazos de Bill. Este le alzó entre ellos, miró a las alturas. El agua no caía ya. Dulcemente, Jane Owens se colgó de uno de sus brazos y habló:

—Vamos, Bill, vámonos de aquí los tres... Tenemos que ir a ver a alguien, curar a Larry. Y contarte a todo el mundo lo ocurrido, lo que ellos han ignorado. Y decirles cómo luchar contra ellos, si vuelven algún día.

—No, Jane. No creo que vuelvan jamás. Ahora saben que no pueden vivir tampoco. Que nos sabemos defender. Y que tenemos algo demasiado poderoso para ellos: el alma, el espíritu, la fe en nosotros mismos... Sí, Jane, vámonos ya de aquí. Hay que contar al mundo lo ocurrido... Y esta vez nos creerán... Nos creerán, Jane...



El Cosmos entero podría estar en la mano del feliz mortal que lograra despertar a...

La reina de las estrellas

de su sueño, que duraba ya quinientos mil años.

La reina de las estrellas

Pero Lassiter no logró despertarla, aunque estaba predestinado para ellos, porque al tocar a la durmiente éste se convirtió en polvo. Pero nada se había perdido... todavía.

La reina de las estrellas

Una amena y trepidante historia de *CLARK CARRADOS* que usted leerá con interés creciente



Escena de INFIERNO EN LAS NUBES,
de Radio Films, S.A.E.

Precio en España: 6.—ptas. En Argentina: 5,50 pesos